

LA INTRUSA

ÉRIC FAYE



De profesión meteorólogo, Shimura lleva una vida solitaria y metódica que transcurre con precisión milimétrica entre el trabajo y su casa, un microcosmos de orden y pulcritud a las afueras de Nagasaki. Sólo el canto ensordecedor de las chicharras es capaz de alterar una rutina tan previsible hasta el día en que Shimura cree percibir pequeños cambios en la impoluta organización de su hogar. No parece obra de un ladrón, pues todos los objetos de valor siguen en su sitio. Shimura instala una cámara en la cocina y, perplejo, descubre la presencia de una mujer desconocida, una intrusa que lleva un año viviendo en un armario de la casa.

Obra ganadora del Gran Premio de la Academia Francesa, esta novela de Éric Faye —autor reconocido por plantear con sencillez los grandes temas que afectan al hombre moderno— se basa en un caso real para explorar el influjo que la memoria de los lugares que habitamos ejerce sobre nuestra conciencia.

Lectulandia

Éric Faye

La intrusa

ePub r1.0

Bacha15 06.10.13

Título original: *Nagasaki*
Éric Faye, 2010
Traducción: José Antonio Soriano Marco

Editor digital: Bacha15
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Se dice que los bambúes del mismo tronco florecen el mismo día y mueren el mismo día, por lejanos que sean los lugares del mundo en que los planten.

PASCAL QUIGNARD

Esta novela está inspirada en una noticia aparecida en *Asahi*, entre otros periódicos japoneses, en mayo de 2008.

Hay que imaginarse un cincuentón decepcionado por serlo tanto y tan pronto, domiciliado en las afueras de Nagasaki, en una casita de un barrio con calles de cuevas vertiginosas. Y ver esas serpientes de blando asfalto que reptan hacia la cima de los montes, donde una muralla de caóticos y torcidos bambúes detiene el hervidero urbano de tejados, terrados, techados y sabe Dios qué más. Ahí es donde vivo. ¿Quién soy? Sin querer exagerar, un don nadie. Me aferro a costumbres de soltero que me sirven de parapeto y para decirme que, en el fondo, no tengo mucho que reprocharme.

Una de esas costumbres consiste en seguir lo menos posible a mis compañeros cuando van a tomar unas cervezas o unas copas al salir del trabajo. Prefiero reencontrarme un poco conmigo mismo en mi casa y cenar temprano, en todo caso, nunca después de las seis y media. Si estuviera casado, puede que no me impusiera la misma disciplina y los acompañara más de una vez. Pero no lo estoy (casado). Y, en realidad, tengo cincuenta y seis.

Ese día llegué a casa antes de lo habitual porque me sentía un poco destemplado. No pasaban de las cinco cuando el tranvía me dejó en mi calle con una bolsa de la compra en cada mano. Entre semana no es frecuente que regrese tan temprano, así que tuve la sensación de entrar como un ladrón. Seguramente, «como un ladrón» es un poco exagerado, aunque... Hasta hace bien poco no solía cerrar con llave cuando salía. Nuestro barrio es muy tranquilo, y en el vecindario hay varias ancianas (la señora Ota, la señora Abe y alguna otra que vive un poco más lejos) que se pasan el día en casa. Cuando vuelvo cargado, resulta cómodo haber dejado abierto: bajo del tranvía y sólo tengo que andar unos metros; luego tiro de la puerta corredera y ya estoy en casa. Lo que tarda en quitarme los zapatos y ponerme unos calcetines, y empiezo a guardar la compra en los armarios de la cocina. Después, me siento y respiro. Pero ese día no pude darme ese lujo: al ver el frigorífico, mis temores de la víspera despertaron con un sobresalto. Sin embargo, al abrirlo todo me pareció normal. Todo estaba en su sitio, es decir, donde estaba por la mañana, cuando me fui. Las verduras envinagradas, el tofu en cubitos, las anguilas para la cena... Examiné con atención las bandejas de cristal. Salsa de soja y rábanos, laminarias secas y puré de judías pintas, pulpo crudo en un tupperware... En el estante de abajo, las bolsitas triangulares de arroz con algas eran exactamente cuatro. Y allí estaban las dos berenjenas. Respiré aliviado; además, estaba seguro de que la regla también me tranquilizaría. Es una regla de acero inoxidable de cuarenta centímetros de longitud. Pegué una tira de papel blanco en el canto no graduado y a continuación sumergí la regla en el tetrabrik de zumo multivitaminado (A, C y E) que había empezado esa mañana. Esperé unos segundos, los suficientes para que mi sonda se empapara, y la saqué lentamente. No me atrevía a mirar. Ocho centímetros, comprobé. Sólo quedaban ocho centímetros de los quince que había cuando me marché. Alguien se

había bebido el resto. Pero vivo solo.

La inquietud volvió a bullir en mi interior. A fin de asegurarme, consulté la libreta en que apuntaba los niveles y cantidades desde hacía unos días. Sí, esa mañana había quince... Una vez llegué a fotografiar el interior del frigorífico, pero enseguida dejé de hacerlo. Pereza, sensación de ridículo... Debo decir que por esas fechas mis dudas aún eran vagas; en cambio, ahora ya no me quedaba ninguna. Tenía una nueva prueba, la tercera en dos semanas, de que efectivamente pasaba algo, y yo soy una persona racional, no alguien capaz de creer que un ectoplasma se cuele en tu casa para beber algo y comerse las sobras.

Mis primeras sospechas, surgidas hacía ya varias semanas, se habían disipado rápidamente. Pero poco después habían regresado de un modo sutil, como insectos que revolotean en el aire nocturno y desaparecen antes de que sepas qué pasa. Todo había empezado con la certeza de que había comprado un alimento que luego no encontraba. Por supuesto, mi primera reacción fue dudar de mí mismo. Es tan fácil convencerte de que has puesto un artículo en el carrito del supermercado, cuando en realidad no has pasado de la intención... Qué tentador es echar la culpa de los titubeos de la memoria al cansancio. ¿Acaso hay algo que el cansancio no pueda justificar?

La segunda vez, dio la casualidad de que había guardado el tíquet de la compra y pude comprobar que no eran imaginaciones mías: sí, claro que había comprado el pescado que se había volatilizado. Sin embargo, resultaba difícil sacar una conclusión clara de esa evidencia, pasar de golpe de la perplejidad intrigada a un comienzo de explicación. Estaba conmocionado. De algún modo, el interior de mi frigorífico era la matriz en constante renovación de mi porvenir: allí dentro me esperaban las moléculas que me proporcionarían energía durante los siguientes días en forma de berenjenas, zumo de mango y a saber qué más. Mis microbios, mis toxinas y mis proteínas de mañana aguardaban en aquella fría antecámara, y la idea de que una mano ajena atentara contra mi yo futuro mediante hurtos aleatorios me inquietaba profundamente. Mejor dicho, me repugnaba. Era ni más ni menos que una forma de violación.

La noche transcurrió sin que mermara mi perplejidad ante la bajada de nivel del zumo. Por la mañana, mi quisquillosa mente se empeñó en juntar las piezas del puzle. En momentos así, el cerebro investiga, reconstruye, coteja, deduce, analiza, calcula, yuxtapone, supone, contrapone... Hasta acabar maldiciendo el frigorífico Sanyo gris, sobre el que un socarrón fabricante tuvo la ocurrencia de estampar el eslogan *Always being with you*. ¿Se habrá visto alguna vez un frigorífico encantado? ¿O que se alimentara sisando parte de su contenido? Al regresar de la oficina, decidí librarme de aquella angustia que se había ido convirtiendo en una tortura. Apenas

eran las seis; aún me daba tiempo a... Era un recurso extremo y seguramente me sentiría ridículo, pero mi ansiedad había llegado a tal punto que ahora lo único importante era saber. Al diablo con mis costumbres, cenaría tarde.

Volví a vestirme y calzarme para salir y salté a un tranvía que descendía en dirección a Hamanomachi. La tienda donde pensaba comprar mi nueva «trampa» estaba a sólo dos paradas; si no había perdido mi buena mano para el bricolaje, esa noche dormiría más tranquilo.

Al final, la instalación del artefacto resultó más fácil de lo que esperaba, sin necesidad de recurrir a mi supuesta habilidad. La activación de aquel pequeño dispositivo que relegaba a la Edad de Piedra mis mediciones frigoríficas sólo podría hacerse desde mi puesto de trabajo, al día siguiente. Procuraría estar allí lo antes posible, alrededor de las ocho. Actuar me tranquilizaba, pero me sentía impaciente y, por qué no decirlo, un poco raro: pasaban de las nueve cuando me di cuenta de que aún no había cenado. Bah, por una vez... Con una tetera caliente al lado del sillón, intenté distraerme viendo la tele, pero a mis ojos, que se negaban a cerrarse, ningún programa les hacía gracia. Así que abrí la revista a la que estoy suscrito y que no suelo leer nunca. En la página 37, la fotografía de un tipo arrugado como una pasa me llamó la atención. «Tanabe Tomoji no ha probado el alcohol en su vida», afirmaba el periodista. Tras echarle una ojeada al artículo, no pude evitar decirme: ¡Menudo imbécil! Tanabe, el decano de la humanidad, asegura haber llegado casi a los ciento trece años manducando únicamente verdura y, muy de vez en cuando, gambas fritas. ¡Todo un juerguista! El gran placer de aquel fósil viviente consistía en chupar un par de gambas. Encima, cada vez las probaba menos, porque los fritos no le sentaban bien. ¡Pobre Tanabe! Pronto entrarás en el nirvana y todo irá mejor, ya lo verás: en la puerta han colocado un puesto de gambas fritas con poco aceite donde podrás ponerte las botas...

Sonreí, pero estaba fascinado; había dejado de pensar en la trampa, y no levanté los ojos del artículo hasta llegar al final. «Soy feliz —aseguraba aquel carcamal—. Quiero vivir diez años más». ¡Qué tonto! Y después, no sé por qué, olvidándome del día que acababa entre el lejano rumor de la circulación, me quedé un rato en la penumbra junto al ventanal, mirando sin ver la bahía, con el astillero y las negras siluetas de los barcos.

Y entonces crees que tu yo y todos los sedimentos que arrastra (amargura, preocupaciones, remordimientos, decepciones, envidias...) se van a diluir en un sueño de bebé. Pero la noche empieza y no es como la imaginabas. Aunque son como siempre han sido, ni más ni menos, las cigarras te despiertan cuando empiezas a coger el sueño. Borrachas, tozudas, las condenadas chirrían y chirrían, ¿o será que esta noche estás especialmente sensible? Ahí las tienes, entrando en fila india en tu cabeza por un oído y saliendo por el otro, después de pasearse por tu cráneo, a cuyo

interior se lanzan en tromba, una detrás de otra, risueñas, burlonas. Por suerte, un fuerte chaparrón las dispersa poco antes del amanecer, como los cañones de agua dispersaban a los manifestantes, ya no recuerdas dónde, anoche, en el telediario de la NHK. Pero ¿cómo dormirte pensando que, con un simple duplicado de llave, el intruso, porque hay un intruso, puede invitarse a tu casa en cualquier momento en compañía de los forzudos de sus amigos, que te darán una paliza y te dejarán medio muerto antes de que sepas lo que pasa? Piensas: La culpa de que no duerma y del monumental dolor de cabeza que tendré dentro de un rato, delante de mis depresiones y mis anticiclones, es tuya, intruso. Pero no te apures, ya arreglaremos cuentas. Está todo listo. Y ahora, arriba, que ya son las seis y media.

Un día, de pronto ya no pasa nada. De tanto tensarla, la cuerda del destino se ha roto. Ya no ocurre nada. La onda expansiva de tu nacimiento ha quedado muy lejos, no, ¡lejísimos! Son los tiempos modernos. Tu vida se extiende entre el fracaso y el éxito. Entre el hielo y la subida de la savia. Esto es a lo que daba vueltas en el tranvía hace una semana; pero esta mañana, pensar que tal apreciación podría ser errónea hace que me sienta eufórico, aquí, en el mismo asiento del tranvía, frente al mismo decorado urbano. El vehículo desciende, devora paradas, devora, parada tras parada, seres humanos silenciosos y pensativos, empeñados en descifrar sueños que superan su entendimiento. ¿Vivirán más intensamente dormidos que despiertos? Después de un rosario de estaciones que sé de memoria, Kankodori, Edomachi y Ohato, Gotomachi y luego Yachiyomachi y Takaramachi, bajo y cojo otra línea. A veces hago el último trayecto a pie, pero esta mañana, entre la pereza y la prisa... En cuanto salgo de la chirriante oruga, las cigarras toman el relevo mientras avanzo bajo sus árboles. Me critican, asierran mis ideas y las frases incipientes de tal modo que, al llegar a la oficina, cierro las ventanas, sólo un momento, les digo a los compañeros: No he pegado ojo por culpa de las cigarras, esta mañana están histéricas, ¿las oís?, es como para ponerse tapones y hundírselos hasta los tímpanos, y además te persiguen aunque esté todo cerrado, las condenadas atraviesan el cristal y el hormigón, se ríen de las paredes... Y en ese momento me acuerdo de mi asunto: la cámara y el condenado que se ríe de mis paredes.

Me aísló en mi puesto de trabajo. Los compañeros me suponen enfrascado en el examen de las fotos de satélite llegadas durante la noche. Es que soy meteorólogo, como ellos. Todas las mañanas, en cuanto enciendo el ordenador y abro los programas, consulto los últimos mapas y los informes enviados por las estaciones. Como hoy nada exige que me ponga a redactar un boletín de alerta o alguna otra tarea urgente, abro una ventana en la parte inferior de la pantalla, a la derecha. Unos cuantos clics y la trampa queda activada. Listo. La paz de la cocina donde he desayunado hace un rato surge ante mí como por arte de magia. Todo parece

tranquilo. Si fuera el marido de una mujer «de su casa», la vería moverse a distancia. Por la tarde, al salir de la oficina, sabría qué habría para cenar. La webcam que instalé anoche funciona de maravilla. Sin moverme de mi asiento, me convierto en un ninja invisible que vigila su vivienda. Me vuelvo ubicuo sin esfuerzo. Pero suena el teléfono, me reclaman. La reunión del departamento, prevista para las diez, se ha adelantado: empezará enseguida. ¡Maldita sea! Con lo que me habría gustado concentrarme en el pequeño acuario de la esquina inferior derecha...

Más tarde, finalizada la reunión, recupero el uso de mi tercer ojo y vuelvo a montar guardia. Estas minúsculas webcams se pueden conectar a los teléfonos móviles, que es lo que debería haber hecho si el mío no fuera antediluviano (tres años). Durante la reunión, en lugar de perder el tiempo, habría vigilado la cocina mientras los oía escucharse a sí mismos, explicarse y explayarse. Si estuviera casado, seguiría a mi mujer con la mirada, porque tendría celos o porque no podría separarme de ella. Al pasar ante la cámara, ella le haría un guiño pícaro a mi tercer ojo, o le lanzaría un beso. Sabría qué amigas la visitan por la tarde y qué se pone para recibirlas. Pero esta cámara no es un cinturón de castidad ni ningún otro sistema de seguridad conyugal. Desde el interior del aparador acristalado donde la he colocado, echa una ojeada glacial a mi soledad y, si me entretengo demasiado, me produce escalofríos. Por suerte, suena el teléfono y un compañero me hace una consulta. Afino cartas meteorológicas marinas: mi trabajo consiste en salvar anticipadamente a los pescadores desde Tsushimato hasta Tanega-shima, e incluso más lejos.

La mañana avanza y las cigarras persisten. Soy un manojo de nervios indefenso ante ellas. Harían confesar a cualquier sospechoso.

La que no confiesa es la cocina.

He agrandado la ventana de la esquina inferior derecha, que ahora está en modo «pantalla completa». Ni así. De todos modos, es extraño. Como si ahora que lo he ampliado todo y examino la cocina con detalle... Algo insignificante me deja perplejo. ¿Estaba la botella de agua mineral bien a la vista en la encimera? A veces, los expertos en arte se dejan llevar por intuiciones similares: el cuadro que les presentan es una falsificación, están convencidos, pero no saben justificarlo. Retroceden un paso, avanzan otro... Y yo recorro la cocina con la lupa de mi inquietud. Esa cocina es una falsificación. La botella se ha movido. Mientras yo estaba a) en la reunión, b) en el lavabo, c) al teléfono o d) entretenido con un compañero y sus dificultades para interpretar un negativo. Pero, en realidad, ¿estoy absolutamente seguro de que no sigue en el lugar exacto donde la dejé? Durante el resto de la mañana, sólo he estado fuera lo que he tardado en comprar un *bento* en el Lawson de la esquina para comer delante del ordenador, diez minutos de ausencia que ahora compenso no quitando ojo a la mesa en la que cenaré esta noche. Soy como un meteorólogo confinado en el corazón de un anticiclón estático. Por un momento,

al abrir la bandeja del almuerzo y ver los pequeños compartimentos con alimentos multicolores, he tenido la sensación de observar el interior de una casa de muñecas. Y entonces me he dicho: Podrías instalar una webcam en cada una de tus seis habitaciones, dividir la pantalla en otras tantas ventanas y no hacer otra cosa en todo el día: escudriñar desde la distancia el *bento* en que vives.

Y llega la hora de la pausa. Mis compañeros huyen de la oficina, donde el aire acondicionado se ha declarado en huelga. Yo, por mi parte, prefiero asfixiarme a aguantar las cigarras y vuelvo a cerrar todas las ventanas menos una, la del ordenador, y me acabo compartimento tras compartimento el contenido del *bento*. ¿La botella de agua no estaba un poco más cerca del fregadero hace un momento? Unos quince o veinte centímetros, diría yo... Acabo convenciéndome, pero de repente el viento cambia de dirección. Te lo imaginas, confundes las visiones de tu inconsciente con la realidad. Además, ¿estás seguro de que han desaparecido yogures? Deberías presentarte en la comisaria y poner una denuncia, sí señor: En los últimos meses me han robado tres yogures... Cálmate, anda. Últimamente tienes los nervios de punta.

Por la tarde estuve charlando con dos compañeros nuevos que no tenían nada mejor que hacer que pegarse a mí. Mientras les enseñaba a utilizar un programa de diseño de mapas, me entraron ganas de agarrarlos y entrechocarles las cabezas, a ver si así se enteraban de que habían elegido un momento pésimo para importunarme, aunque debería haberles bastado con mi tono cortante, en especial cuando uno de ellos me preguntó para qué servía la webcam de la esquina inferior derecha de la pantalla: «Ésa». Me hice el sordo y seguí dándoles explicaciones, sin dejar de mirar de reojo la cocina. Debieron de tomarme por un obsesivo o un hogareño depresivo. ¿O sería la casa de su anciana madre, a la que vigilaba a distancia? Seguía parlotando con aquellos dos cuando el rectángulo de la esquina inferior derecha se oscureció ligeramente. Una figura se desplazaba por la pantalla, aplastada (la cámara en gran angular reducía todo lo que entraba en su campo visual, no debería haberla puesto tan alto) y a contraluz; por unos instantes ocultó parcialmente la ventana que da a la calle. Mientras respondía a aquellos pelmas, comprobé que se trataba de una mujer, a juzgar por su peinado y su aspecto frágil, ya no demasiado joven. La figura se limitó a cruzar la cocina y sólo vi su cara en escorzo, lo que es tanto como decir que no distinguí nada con claridad. Tratando de ocultar mi desconcierto, me volví hacia aquellos dos y seguí soltando banalidades mientras procuraba parecer relajado. Era ridículo. Cuando volví a mirar, la figura ya no estaba. Los dos compañeros me dieron las gracias y me dejaron con mi cocina vacía, como si hubiera sufrido una alucinación. Paciencia, seguro que volvía a pasar en dirección contraria.

Pero no. Diez minutos, un cuarto de hora... Llamar a la policía habría sido

absurdo. ¿Con qué motivo? ¿Una silueta fugaz? Ya oía al poli cuando volviera de registrar mi casa inútilmente: A lo mejor está usted casado en una dimensión paralela, Shimura-san, o ha creído ver al fin a la mujer con la que le habría gustado casarse. Y acercándose a mí, con tono de psiquiatra: ¿Una chica que lo humilló en su adolescencia? Sus delicadas facciones perviven intactas en su memoria; pero ese recuerdo tan intenso está pésimamente aparcado y provoca un tremendo atasco en su cabeza... ¿O se trata del duende de un cuento, que ha fijado su residencia en su casa? Todos estamos como usted, señor Shimura, todos tenemos visiones cuando intentamos salir adelante. Y después, en tono de libidinosa complicidad, con voz insinuante y una sonrisa a juego, daría un paso más: Una prostituta o una yonqui, ¿verdad?, confiese; o quizá una masajista de la que se encaprichó y luego se cansó, ya, es humano ¿sabe?, ella se aferraba a usted porque no tenía adónde ir, así que se la quitó de encima amenazándola con acusarla de allanamiento de morada y robo...

¡No! No quería oír sandeces. Necesitaba una prueba. Los policías no detienen a las corrientes de aire. Cerré provisionalmente la ventana «cocina» de la pantalla. Los compañeros volvieron a abrir las de la oficina y las cigarras se colaron por decenas. Malditas... Detrás de ellas, los cuervos repetían la misma cantinela: *qué, qué*. Y sobre ese coro, como solistas, las campanas de Urakami y las sirenas de la policía persiguiendo duendes.

Al bajar del tranvía, las cigarras siguen ahí, atormentándome como arpías lanzadas en mi persecución, agitando sus maracas junto a mis oídos. Invisibles, me imponen su ritmo en mi camino hacia la locura. Me da miedo entrar en casa. De lejos, la cerradura no parece forzada. ¿Tranquilizador? No sé qué decir. La vieja Ota, de guardia permanente, me ve plantado en la acera y me llama. A veces, me hace señas para que me acerque y hablamos de esto y lo otro. Un día me explicó que le recordaba a su hijo. La misma edad, el mismo aspecto de buen chico... Pero él es padre de familia y vive lejos. Sólo viene una vez al año. O dos, si se me ocurre morirme, bromea. Absorbido por mis preocupaciones de la tarde, casi espero oírla decir, con la misma voz afectada que emplea para sazonar los chismes del barrio: ¡La he visto salir de su casa! Pero no, sencillamente quiere charlar un rato, como siempre, así que al final soy yo quien le pregunta. Arquea las cejas y comprendo que no ha notado nada raro, lo que casi la avergüenza:

—Y eso que no me he movido de aquí más que para hacer la compra.

¿Me habré imaginado a la mujer de la pantalla? ¿Será que, a fuerza de enfocar la formica de una cocina, las webcams acaban filmando «también» los espíritus del lugar, los *kamis*? ¿O los espectros que se pasean por un sitio supuestamente vacío? Al cabo de un tiempo, ¿se volverá sensible la «retina» de una cámara a lo que el ojo humano no es capaz de distinguir, del mismo modo que un perro capta los ultrasonidos que el oído de su amo no percibe? Cuando hago amago de marcharme, la

señora Ota me lanza una mirada de reojo.

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Debería haber visto a alguien? ¿Ha tenido visita?

Pongo cara de apuro, suspiro y sonrío.

—Creo que me estoy volviendo un poco desconfiado. Esta mañana he visto dando vueltas por el barrio a una antigua señora de la limpieza que sospecho que se quedó con un duplicado de la llave. Así que...

—Uno acaba desconfiando de todo.

—En los tiempos que corren...

—Pero ¿tuvo una señora de la limpieza, Shimura-san?

—Bueno, es que estuvo poco tiempo...

—¿Y no le inspiraba confianza?

Me salí por la tangente. Le había contado una mentira creíble para incitarla a redoblar la vigilancia sin pedírselo. ¿Qué deidad era la que exigía como ofrenda un yogur, una ciruela confitada o arroz con algas? Aunque me educaron en el catolicismo, visito regularmente el altar del barrio para alimentar a nuestros *kamis*. No podía imaginar que fueran a las casas particulares a servirse ellos mismos.

—¿Sabe? —dijo ella—. Puede que haya visto a esa señora de la limpieza... Hace cosa de un mes, me pareció que había alguien en su cocina, en pleno día. ¡Vaya, vaya!, me dije. Pero luego recordé que tiene usted una hermana que lo visita de vez en cuando. Y a lo mejor sale con alguien, me dije también. A lo mejor usted sale con alguien.

Su rostro regordete rezumaba dulzura. Era evidente que la señora Ota me apreciaba. Pero lo desmentí con una risita de fingido apuro.

—Bueno, pensé que... El tiempo pasa, señor Shimura. También para usted, no lo olvide. Debería salir con alguien; si no, cuando llegue a viejo estará muy solo.

Tras abrir la puerta corredera, me quedé a la escucha. No se oía nada raro. O bien la señora Ota había bajado la guardia durante la tarde, o bien la figura que yo había creído ver había salido furtivamente por una ventana trasera, como un guerrero ninja que se materializa en determinado sitio y desaparece del mismo modo, de repente y con sigilo. Me apresuré a examinar las ventanas y comprobé que una de ellas, la de la habitación de invitados, no estaba cerrada con pestillo. Sí, podía haberse escabullido por esa ventana que no da a ninguna parte, a ninguna señora Ota. Sólo a los montes de enfrente, cubiertos de techos grises que me recuerdan a las escamas de un monstruo. Y ese monstruo se estaba adormilando. Eché el pestillo prometiéndome que cada mañana comprobaría que todas las ventanas estuvieran bien cerradas. Después de bajar las persianas me sentí mejor, aunque un poco tenso. Pensé en la silueta que la señora Ota había visto hacía un mes. A medida que avanzaba la tarde, mis ideas se desmandaban. Imposible reagruparlas para que formaran un conjunto coherente. Agotado, me preparé una cena muy frugal, pero abrir el frigorífico me

costó un disgusto: había desaparecido otro yogur. Ya tenía suficientes indicios para deducir la dieta de la intrusa. Era grotesco. Era llevar la broma demasiado lejos. Ya no me sentía en mi casa.

Abrí los cajones del salón y de mi habitación uno tras otro. No faltaba nada; los escasos objetos de valor seguían en su sitio. Pero, lejos de tranquilizarme, esa constatación sólo sirvió para aumentar mi inquietud. Estaba ante un caso «anormal», y sentí que la sombra del miedo pasaba sobre mí. ¿Qué pretendía aquella mujer? Una noche, la reina de Inglaterra se dio de bruces con un desconocido en su habitación. El individuo había burlado todo lo burlable alrededor del palacio, se había colado por la ventana y luego se había quedado esperando tranquilamente a su soberana. Tan feliz, para charlar un rato. ¿Tendría yo también una fan? ¿Se interesaría alguna groupie, al fin, por un currante anónimo como yo? Dos días antes, durante la pausa en la oficina, había entrado en Facebook a la pesca de amigos/as. Siempre redacto mis peticiones de contacto de la misma forma: Si también eres de la región de Shimabara... O: Si vives en Nagasaki, como yo... Es como echar el anzuelo en aguas revueltas. Cansado del aspecto aleatorio de esas búsquedas, que inicio más por aburrimiento que por encontrar realmente un alma gemela o a sus primas, tecleé los nombres de dos actores mediocres, tipos que ya estaban acabados al comienzo mismo de sus carreras. Aunque nunca han hecho más que películas de *yakuzas*, tanto el uno como el otro tenían grupos de entre tres y cuatro mil fans. Se me cayó el alma a los pies.

¡Bah! Después de dos Sapporo bien frías me siento mejor. Ya ni siquiera veo la necesidad de llamar a mi hermana. Pongo la televisión y voy cambiando de cadena. Durante unos minutos me entretengo con un documental sobre Hiroshi Ishiguro, el investigador en robótica que ha creado un androide a su imagen y semejanza. Dentro de unos veinte años, dice una voz en *off*, robots con rostro humano (¡femenino!) ocuparán innumerables puestos de recepcionista. Pero lo más duro, pronostican los expertos, será superar el «valle misterioso», el malestar que nos invade al comprobar que el androide no es exactamente como nosotros. No es de la «familia». Seguramente para salir de ese valle misterioso, cambio a un programa de entretenimiento, un juego en directo de Niigata, y no me doy cuenta del tiempo que he pasado dormitando hasta que me despierta la publicidad. ¡!, proclama a dos metros de mi modorra una beldad pelirroja, vivaracha recepcionista del valle misterioso... Voy a tumbarme en el tatami, pero cuando intento dormirme enumerando como cada noche las reglas de oro de un mundo ideal, fracaso. Y el fracaso se eterniza. Por más decretos que promulgo, esta noche mi sociedad idílica no tiene el menor poder sedante. Más tarde, los sueños me entrecortan el descanso. El inconsciente entra en erupción. El pasado emerge por grietas ocultas y nombres súbitamente llevados a ebullición regresan a mi memoria. Hizuru, Mariko o Fumiko, divinidades olvidadas

que reaparecen con una risita burlona para decirme: Seguimos ahí, no te librarás de nosotras tan fácilmente. Al despertar, habrán vuelto a sus escondrijos dejando tras de sí, como siempre, una pátina de ansiedad.

Antes de marcharme, me aseguré de que la cámara funcionaba y todo estaba bien cerrado. Evidentemente, si la mujer había hecho un duplicado de la llave y quería volver... Yo sólo podía mantener la vigilancia. A fuerza de observar, conforme avanzaba la mañana me fui tranquilizando. Lo había comprobado todo cuidadosamente; no me había dejado nada abierto. Nadie podía entrar, salvo que atravesara las paredes. Fui recuperando la confianza. Sin abandonar mi puesto ni un instante, conseguí trabajar casi normalmente. Nadie me molestaba; no había ninguna reunión programada. En el Family-Mart de al lado de casa había comprado un *bento*, una bolsa de ciruelas a la sal y dos Kirin, para almorzar solo en la oficina en cuanto mis compañeros salieran en desbandada durante la pausa. Ya eran las once y media y todo seguía su curso normal, que no tenía por qué torcerse antes del fin de la jornada. Pero de pronto (había apartado los ojos de la cocina unos segundos para modificar el último mapa del mar interior) distinguí una figura, y esa figura era muy parecida a la del día anterior, aunque esta vez no se movía. ¿Cómo demonios había conseguido...? Era brujería. No lo podía entender. De pie ante la ventana inundada de sol, llenaba un cazo de agua. Ya era mía. Sin reflexionar, levanté el auricular y marqué un número de emergencia. ¡¿Policía?! exclamé, sin darme cuenta de que alarmaría al resto de la oficina. Compañeros que no apartaban los ojos de la pantalla por nada del mundo (¿para qué crear costosos robots, si ya existen?), ahora estiraron el cuello, sorprendidos por esa única palabra pronunciada en tono angustiado, ansioso: «¿Policía?». Arquearon las cejas y se miraron unos a otros, como si en nuestro departamento acabara de cometerse un crimen del que no tenían noticia, pero que iban a revelarles si aguzaban el oído. ¿Policía? Soy Shimura Kobo. (Y recité mis datos, incluyendo a regañadientes mi dirección particular). Acaba de entrar alguien en mi casa. (Pero me guardé de añadir «para tomar un té».)... Sí, en este mismo momento. La estoy vigilando —es una mujer— mediante una webcam... No, no parece ir armada y actúa con confianza... Estoy en el trabajo, en la otra punta de la ciudad... No, no podría llegar enseguida. Utilicen una llave maestra o lo que sea para la puerta de entrada, y ténganme al corriente... Sí, por supuesto, pasaré por la comisaría para poner la denuncia dentro de unas dos horas, a lo sumo tres.

Colgué. Los compañeros que estaban sentados cerca se arremolinaron a mi alrededor con los ojos desorbitados y casi disculpándose por haber oído contra su voluntad, no tenían intención, no deberían haberlo hecho, pero aquello era increíble. Seguramente esperaban que les proporcionara datos suficientes para satisfacer su curiosidad, para tener algo que contar esa noche en casa. Se mostraban respetuosos y

se prodigaban en ¡ah! y ¡oh! de una compasión que no necesitaba. Todos miraban de reojo la cocina, que había agrandado a pantalla completa, y, en la cocina, a aquella mujer de perfil que ignoraba nuestras miradas y su repentina celebridad. Luego, comprendiendo, por el galimatías que les solté, que no estaba en condiciones de ser claro, se retiraron negando ligeramente con la cabeza y, al fin, me dejaron solo. Según el relojito del ordenador, había colgado el teléfono hacía tres minutos.

Y ella seguía allí. El agua, ya a la temperatura adecuada, caía en la tetera, de la que salía vapor. La mujer se había servido *bancha* —el té para la tarde que no me desvela— de la caja taraceada que me compré el año pasado en Hakone. El calor era bastante más llevadero que el día anterior; las cigarras habían bajado un tono; y yo no entendía nada de lo que pasaba en mi casa. Todo parecía tranquilo. Una proyección de la vida en pareja que podrías haber llevado, eso es lo que los agentes van a detener, me dije. Un reflejo de tus frustraciones. Con tal de que no se mueva de ahí... Si se estuviera preparando la comida tendría para un buen rato, el suficiente para que la pillaran con las manos en la masa. Estaba allí como una cierva en medio del claro, sin saber que el lobo la había descubierto. El tiempo caía gota a gota y yo contenía la respiración. Está perdida... Pero el cielo acabó despejándose y el sol inundó la cocina. La mujer, que ahora estaba echando arroz en el cocedor, alzó la cabeza hacia la ventana. Qué agradable era aquel sol de la mañana, cómo prodigaba sus favores... El acero inoxidable del fregadero relucía. Ella estaba casi de espaldas y, de pronto, sólo tuve ojos para su nuca, ambarina, arqueada, y su elegante cuello, como surgido de las hábiles manos de un alfarero. Y ese cuello descendía hacia un pecho color arena, oculto, perfilado por dos pequeñas dunas. A través del cristal contemplaba el milagro del sol. Con los párpados entornados, se dejaba acariciar por aquella bendición del cielo; su rostro, que había perdido la juventud y, por qué no decirlo, carecía de todo atractivo, recibía plácidamente los rayos, que se sucedían unos a otros sólo para ella, después de haber salido, a saber cuándo, de una estrella que se encontraba a cincuenta millones de kilómetros de allí. ¡Oh, qué poco le importaba en ese momento no ser joven ni atractiva! Para mí era evidente. Estaba sola —eso creía— y en la gloria. Con los ojos todavía entornados, sonreía. Y, de pronto, me dije que debía de estar relajándose, recobrándose de miedos y sufrimientos, respirando. Puede que incluso se sintiera feliz. Si supiera... ¡Oh, su sonrisa! De repente, me hacía daño. Golpear la pantalla del ordenador para llamar su atención... ¿Qué había hecho? Cogí el auricular y marqué mi propio número. Al primer timbrazo volvió la cabeza, como arrancada de un sueño agradable. Luego retomó rápidamente la postura anterior. Pero ¡contesta! ¡Date prisa! Tenía que comprender que la llamada era para ella. Insistí, pero nada. ¿Cómo iba a imaginárselo? ¿Cómo iba a imaginarme yo mismo que, después de atraerla a una trampa, intentaría sacarla de ella antes de que la atrapara? La mujer vigilaba la cocción del arroz y el tiempo de infusión del *bancha*, haciendo

oídos sordos a mis timbrazos. Diez, once... Le habría gritado: ¡Sal disparada antes de que lleguen y no vuelvas! O simplemente: ¡Que vienen! Seguro que reaccionaba. Un vistazo al reloj. El segundero seguía girando, el tiempo no se había detenido. La mujer aprovechaba el sol antes de la siguiente nube, y yo me moría de ganas de gritarle: ¡Corre, o despídete del sol para una buena temporada!

Exasperado, acabé colgando. ¿Prefieres a los polis? ¡Pues espéralos! Hasta puedes servirles el té, calcula tres o cuatro tazas, ya sabes dónde están. Ya no hay nada que hacer. Los segundos se agotan, el sol se eclipsa. La mujer echa un vistazo al arroz y bebe un sorbo de té. Ahora tiene los ojos muy abiertos; la sonrisa que había aflorado a sus labios cuando el sol la iluminaba se ha desvanecido. ¿Y si volviera a intentarlo? La mujer va a cogerla pero se estremece. Se ha quedado quieta. La cierva percibe el peligro. Y ahora retrocede, su rostro cambia de expresión. Retrocede y desaparece del campo visual. ¿Tendrá tiempo de huir?

Como sabría más tarde, cuando me llamó un inspector, los agentes encontraron la casa cerrada a cal y canto. Ninguna ventana abierta, para su sorpresa. Tras forzar la cerradura, aún los sorprendió más no hallar a nadie en el interior. Sin embargo, todo estaba bien cerrado. Creyendo que se trataba de una broma, estuvieron a punto de marcharse. El autor de la broma lo habría pagado caro, señor Shimura, me comentó el inspector. No obstante, para su tranquilidad, registraron todas las habitaciones. Fue en la última, la de los tatamis, donde la descubrió uno de nuestros hombres, en el fondo del *oshiiré*, el armario de los futones. Al principio no vio nada, porque ella se había subido al estante y estaba acurrucada en la penumbra (el agente no había corrido la puerta del todo). Parecía un animal asustado, incapaz de articular el menor sonido. Sí, era como un animal acorralado. El agente nunca había visto nada igual.

Luego, el inspector me preguntó cuándo pensaba pasar por comisaría, porque convenía agilizar la denuncia. Yo no lo oí en ese momento y reaccioné con un poco de retraso: esta tarde, en cuanto salga.

Mucho después de que la mujer desapareciera de mi pantalla (sin duda, en el momento en que forzaron la entrada), mis ojos seguían fijos en la cocina a través de aquel hipnótico tragaluz de cuánto: ¿diez centímetros por quince? Todo había terminado. En el centro del campo visual de la cámara, que seguía filmando como si tal cosa, los enseres domésticos esperaban el regreso de la intrusa. ¿De qué otra forma podía llamarla? La taza de té y el cocedor de arroz Zojirushi, ovalado y blanco como un huevo de avestruz o una astronave para liliputienses, en los que habría dejado las huellas dactilares y, sin duda, unas cuantas células muertas. Muertas pero formadas por bulliciosos átomos, con sus correspondientes electrones, que también se

agitan, y sus manadas de quarks y protones, cuyas propiedades físicas, que se nos escapan, encerrarían la clave de todo. La clave del universo y de la vida. Así que, si quería llegar a entender lo que había ocurrido en mi casa, quizá debería apresurarme a recoger los cadáveres de aquellas células y estudiarlos.

Tenía que sacudirme aquel estupor que formaba una extraña combinación con mi tristeza, y con cualquier otra tristeza, de la que, según me han dicho algunas mujeres antes de dejarme, soy un gran productor, incluso un gran exportador. Igualmente, no iba a ponerme a lloriquear a la vista de mi cocedor de arroz, y además un compañero acababa de hacerme una pregunta delicada: ¿Y ahora qué? Podría haberle respondido que acababan de detener en mi casa a una mujer de cierta edad que se disponía a comer arroz blanco, pero lo expresé de un modo totalmente distinto, con términos como intrusión y allanamiento de morada, guardándome de añadir que no había nada claro y que, en lugar de tranquilizarme, esa confusión no hacía más que aumentar mi inquietud...

La habitación donde la «capturaron» está al final de la galería paralela al jardincillo que separa mi casa de la vecina, un jardincillo en el que no hay más que dos arbustos, dos macizos de flores y una linterna de piedra. Es un cuarto con seis tatamis en el que apenas entro, pues lo destino a los invitados, que, por así decirlo, no le hacen los honores. En el armario donde se había escondido con la esperanza de pasar inadvertida sólo hay futones, mantas y almohadones, en la parte de abajo. En la de arriba, nada. En cuanto a la habitación propiamente dicha, está vacía. Una lamparita de madera negra y papel blanco vela sobre ese vacío, pero no se enciende casi nunca: la última visita que recibí —mi hermana y su marido— se remonta a más de un año.

Nagasaki, 17 de julio de 2008, a las 18.10 horas.

Yo, Terajima Masako, en ejercicio de mis funciones, hago constar que el abajo firmante se presenta ante mí y declara lo siguiente:

----- «Ese día, hacia las 11.30 h, me encontraba en mi trabajo, en la estación meteorológica de Nagasaki» -----

Efectuada la correspondiente lectura por su parte, el denunciante se ratifica y firma conmigo la presente declaración.

Empecé a leer con atención. Una mujer a la que al despertarme esa mañana aún no conocía, una agente de policía, se había encargado de redactar un diminuto fragmento de mi biografía, y lo había hecho con meticulosidad, cogiendo al vuelo lo que yo había explicado caóticamente por teléfono a mediodía y poniéndolo por escrito. Sí, un fragmento mínimo de mi vida, pero que a buen seguro sería importante para mí hasta el final de mis días. Y, aunque yo fuera un desconocido, ella había cumplido con su deber con tanto esmero que me habría gustado felicitarla. Estaba emocionado. La redacción se ajustaba fiel y exactamente a los hechos. Yo releía despacio y susurrando, pero me pareció que, tras su actitud cortés, ella empezaba a impacientarse, así que firmé. Luego formulé varias preguntas sobre la intrusa.

—Le va a sorprender, Shimura-san —respondió—. Es un caso muy curioso... Por lo demás, la prensa ya se ha hecho eco de él.

—¿La prensa?

—La prensa —repitió en el mismo tono, asintiendo con la cabeza, y me entregó el informe del interrogatorio.

La abajo firmante... admite que...

Tras las palabras de la mujer que se había instalado en mi casa, cuya declaración, transcrita en su totalidad, tenía ante mis ojos, oía lejanas sirenas de ambulancia, los graznidos de los grajos y el trémolo de los tranvías a la hora punta. Le va a sorprender, Shimura-san...

La detenida tenía cincuenta y ocho años, según leí, dos más que yo. Al verla en la pantalla del ordenador le había echado unos menos. En cuanto a su apellido, era tan

corriente como el mío. Se trataba de una desempleada de larga duración, tan larga que había agotado el derecho al subsidio. En otros tiempos había vivido en un barrio lejano, que yo habría pisado un par de veces en mi vida. Privada de ingresos, había rescindido el contrato de alquiler. Luego, al no soportar ser la sin techo, la indigente del barrio, lo había abandonado.

Pero ¿qué me importaba a mí todo eso? Miré a la agente con ojos dubitativos.

—Continúe hasta la página siguiente.

Seguramente pensaba que yo avanzaba demasiado despacio en la lectura. La verdad es que no estoy acostumbrado a leer, y además trataba de asimilar los detalles, de encontrar algún indicio clarificador en todo aquello...

El caso es que la agente tomó el relevo con su enérgica voz de treintañera. Tal vez, con ganas de mostrarle al meteorólogo todo lo que no había sabido predecir en su propia vida. Así que empezó con una fórmula de cuento: Un día.

—Un día, al pasar ante su casa cuando usted se marchaba, advierte que no cierra con llave. Se detiene un poco más adelante y finge esperar el tranvía, pero lo sigue con la mirada. Es temprano, usted parece el típico asalariado que se dirige al trabajo; baja la calle y desaparece de su vista. No hace ni pizca de calor y ha empezado a llover. Tras algunas dudas, se decide. Llama a la puerta y, al no obtener respuesta, se dice que no hay peligro. Entra. En el vestíbulo, permanece alerta unos instantes. Lo único que quiere es descansar un rato en un sitio limpio y caliente, así que allí tiene todo lo que necesita.

—¿Caliente? Apagué la calefacción en marzo...

—Le hablo del mes de octubre. Esto ocurrió el pasado otoño. No me interrumpa, por favor... Por su ropa y su prisa, ha deducido que se dirige al trabajo y que no volverá hasta la tarde. Se sienta en el salón para descansar: una pequeña pausa en el sofá. Luego se marchará.

Su cuerpo se relaja. Agotada por la falta de sueño, no tarda en dormirse. Se despierta sobresaltada. ¿Dónde está? Lo recuerda y aguza el oído, pero no oye nada. ¿Qué? ¿Han pasado tres horas! Qué más da... Se siente mucho mejor. Es mediodía, no le apetece irse tan pronto. Qué bien se está allí, por fin un techo, el interior de una casa... Decide quedarse un poco más. ¿Por qué se va a marchar de aquel lugar, para ir adónde? No tiene familia; sus últimos lazos con el mundo son algunos ex compañeros, con los que no se atreve a retomar el contacto hasta que vuelva a llevar una vida decente. En la cocina, donde más tarde usted la sorprenderá con la webcam, se prepara un té por primera vez y abre el frigorífico.

En la parte superior del *oshiiré* y donde se había escondido al llegar la policía, los agentes encontraron un futón desenrollado, una manta, dos botellas de plástico, algunos artículos de aseo y unas mudas de ropa interior. Debo decirle, señor Shimura, aunque puede que ya lo haya comprendido, que esa mujer vivió en su casa, en esa

habitación en la que, como había comprobado, usted apenas entraba, cerca de un año. Sí, cerca de un año. Pero no crea que su casa es la única en la que había fijado su domicilio. Había otros dos sitios donde dormía a escondidas de vez en cuando. Uno era la vivienda de un viajante soltero, que se ausentaba con frecuencia y tenía la costumbre de marcar su programa de viajes durante las semanas siguientes en un calendario perfectamente visible en la cocina. Ella no olvidaba consultarlo... También había buscado refugio en casa de una anciana medio sorda que, desde que había enviudado, sólo ocupaba la planta baja. Tras hacer un duplicado de la llave, entraba y salía cuando le apetecía, por la tarde o por la noche, mientras la anciana dormía en la parte posterior de la vivienda. No obstante, según ella misma ha confesado, pasaba la mayor parte del tiempo en casa de usted. A sus ojos, los otros dos alojamientos eran más bien soluciones alternativas.

Cerca de un año. De pronto, dejé de oír a la funcionaria. Sus palabras se confundían en mi mente. Pensé en todas las tardes, en todas las noches en que me había creído solo, protegido del mundo. En una burbuja. Guarida, madriguera, cueva. Mi perplejidad se iba tiñendo de cólera, sin que supiera con exactitud hacia quién iba dirigida esa cólera. Sí, aquello se embarullaba tanto y de tal modo que, durante quizá treinta infinitos segundos, los sonidos exteriores —las palabras de la agente, las voces de los despachos, las cigarras, las sirenas— se fundieron en un zumbido y mis ojos ya no vieron más que abejas, o más bien las celdas de un panal; todo era grisáceo, salpicado de puntos luminosos; notaba un hormigueo cada vez más fuerte en las yemas de los dedos de manos y pies; perdía sin dolor el control de mis extremidades... Sentía que me alejaba poco a poco, no sé hacia dónde. Entonces conseguí inspirar una vez y después otra, más profundamente, y el malestar empezó a remitir. Regresó la mujer que me hablaba con una voz que se debilitaba por momentos. Volví a la realidad.

—Vivía en su casa desde el otoño pasado. Si durante mucho tiempo usted no advirtió nada, fue porque esa mujer había convertido la discreción en un arte de la supervivencia. Sin embargo, paulatinamente debió de sentirse más segura y empezó a descuidar las precauciones. Usted lo había notado: de vez en cuando cogía algún alimento en la cocina, pensando que le pasaría inadvertido, como todo lo demás.

Pero volvamos al día de su llegada... Recorre las habitaciones. Por ciertos detalles inconfundibles comprende que usted vive solo. Echa un vistazo aquí y allá y luego sale a la galería que lleva al lavabo. Y entonces descubre el sitio donde decidirá instalarse. Así empezó todo, según ella: descorre la puerta del *oshiiré* y echa un vistazo. Allí, todo está perfectamente recogido, como si no se hubiera utilizado en una eternidad. Es una habitación accesoria, a la espera de invitados. Tiene una especie de revelación: ese sitio la aguardaba a ella. El sol atraviesa las nubes e ilumina la ventana. La entreabre. En la estera de juncos se dibuja un rectángulo tibio.

Se sienta bajo los rayos de sol. Qué bien se está... ¿Placidez? En cualquier caso, languidez. Y en esa languidez el tiempo va pasando y las ideas se arremolinan hasta fundirse en una sola: quedarse. Un poco. El sol que baña los tatamis es tan agradable que se imagina instalándose allí. Debería probar el armario esa noche. Y ya la tenemos dándose una ducha, la primera en mucho tiempo. Limpia, rejuvenece de golpe. Son sus propias palabras. Decide pasar una noche en su casa para recuperar fuerzas. Más tarde, agazapada en su escondite, lo oye llegar...

Me entregaron la llave que llevaba consigo cuando la detuvieron. Les di las gracias con una inclinación de cabeza. De todos modos, aquel duplicado ya no servía para nada, porque esa tarde iban a cambiarme la cerradura. Cuando llegué a casa, empezaba a oscurecer. Al otro lado del ventanal, una diadema de faros y farolas delineaba la bahía. Sin encender la luz, me quedé de pie en el salón unos instantes, los necesarios para decidirme a abrir la puerta de la cocina. Luego entré. La luz agonizante aún perfilaba la tetera, la taza medio llena de *bancha*, el cocedor y un envase de yogur. La policía no había tocado nada. Entretanto, la cámara me vigilaba tras el cristal del aparador. La apagué en un segundo, pero aun así me dio tiempo a imaginar que en ese momento alguien seguía mis movimientos a través de ella y descolgaba el teléfono para denunciar a la policía mi presencia en su casa.

Los agentes me cogían in fraganti en la cocina y me arrojaban a una celda. Acto seguido, ese individuo regresaba a su casa y se ponía a ordenar lo que yo había movido de sitio. Pero, mientras tanto, otro hombre, que creía ser el auténtico propietario de la vivienda, lo observaba con una webcam y, a su vez, descolgaba otro teléfono.

En lugar de eso, el duende femenino que había aparecido y vuelto a aparecer en mi pantalla había caído en mis redes. Los objetos que había dejado sobre la encimera esa mañana me hicieron pensar en una fotografía sacada del baño de revelado antes de tiempo. De pronto, aquella naturaleza muerta de utensilios domésticos, que tenía algo de Herculano sorprendido por los gases asfixiantes, me produjo horror. Por una asociación de ideas, me obligaba, no sé cómo, a asomarme a mi pasado. Días de los que no guardaba el menor recuerdo... El 10 de octubre de 2006, por ejemplo. ¿Qué había hecho distinto o más importante que el 1 de marzo de 2003? Como meteorólogo, tenía buena memoria para los fenómenos atmosféricos, pero de mí mismo, allí abajo, ¿qué me quedaba?

Había más. Por una especie de «tragaluz» que la presencia de aquella mujer había entreabierto en mi conciencia, podía ver en el interior de ésta un poco más claro. Comprendía que aquel año que habíamos compartido, aunque ella me hubiera evitado y yo ni siquiera supiera de su existencia, iba a cambiarme, que yo ya no era exactamente el mismo. ¿En qué sentido? No habría sabido decirlo. Pero no saldría

indemne de aquello. A través del ventanal del salón miraba la ciudad, que se adormecía, y veía más allá de mi vida, mucho más allá de una sola vida. Ajustando el enfoque, reduciendo poco a poco la profundidad de campo, mis ojos aislaban los edificios de madera de Dejima, el campanario y las dependencias de la antigua isla artificial del puerto, donde habían estado confinados durante dos siglos y medio los únicos extranjeros que comerciaban con el imperio. Los únicos —unos cuantos marinos y mercaderes holandeses— en todo ese tiempo. Y aquellos europeos nunca habían podido pisar la tierra firme, que se encontraba a sólo unos metros de distancia. Al parecer, esa noche me había dado por pensar cosas raras, porque se me ocurrió que, durante todo ese tiempo, Nagasaki había sido algo así como un armario situado al fondo de la enorme vivienda de Japón, de la hilera que formaban sus cuatro habitaciones principales: Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu. Y a lo largo de esos doscientos cincuenta años, el imperio, por así decirlo, había fingido ignorar que un extraño, Europa, se había instalado en aquel ropero... Sin embargo, cuántas técnicas, cuántas ideas, cuántos conocimientos habían pasado en ambos sentidos por aquella especie de doble fondo... ¿En qué medida había cambiado Dejima nuestra manera de ver las cosas durante aquella hibernación secular? Por mi parte, temía que el *oshiiré* —el de mi casa— y todo lo que había desencadenado en mi tímida existencia me desestabilizara, me hiciera vulnerable, al abrirme al ancho mar de la vida.

Encendí la luz de la cocina y lo limpié todo a fondo. Luego subí el volumen de la radio, en la que sonaba una vieja canción que hablaba de los que siguen avanzando mientras otros caen. Ojalá en ese momento alguien me hubiera observado tras el cristal del aparador y llamado por teléfono para prevenirme contra los escollos que me amenazaban. Habría descolgado el auricular sin dudarlo, lo juro. Pero el aparato permanecía obstinadamente mudo. Lo único que decía su minúscula pantalla era que había una llamada perdida, a una hora que coincidía con mis intentos de alertar a la intrusa.

Instantes después estaba ante el armario empotrado. Dos paneles de dos metros cuarenta de altura, uno de los cuales se deslizó detrás del otro. El estante está a apenas ochenta centímetros del techo. ¿Profundidad? Poco más de un metro. Revestimiento interior de madera. La lujosa litera de un tren inmóvil. Los agentes no habían tocado nada. Un futón. Unas sábanas revueltas. Unas botellas de plástico. Cuando se la llevaron, no debió de coger más que los artículos de aseo y la ropa interior. Bajo el almohadón encontré una novela que había estado buscando en la estantería del salón la semana anterior: *Escándalo*. En la página doblada en que debía de haber interrumpido la lectura, Shusaku Endo había escrito esto: «Los principales engranajes de su ser se habían estropeado sin previo aviso. Y el motivo era evidente. Desde la noche de...». Idiota, me dije, porque acababa de ocurrírseme que podía mandar el libro a la cárcel para que lo terminara. En el fondo, aquella mujer había

tenido mucha vista, porque la verdad es que yo apenas recibía visitas. Mi padre, muy mayor, ya no se movía de casa. En cuanto a mi hermana y mi cuñado, llevaba un año esperándolos. Pensé en los días que había pasado en su casa, a principios de mayo. La intrusa habría estado a sus anchas. Puede que durmiera sobre los tatamis. ¿Estaría sola en su celda esa noche? Cerré el armario y salí de la habitación de espaldas: estaban llamando. El cerrajero.

Más tarde, mirando la televisión con el sonido bajo, escuché el ruido del mundo. No tenía ganas de nada. Una cadena de documentales me mantuvo entretenido con los ancianos y los robots que en el futuro los ayudarían en su vida cotidiana. ¿Otra vez? Mira que eran pesados... Pero es que el número de habitantes de cien o más años en todo el archipiélago había pasado de 153 en 1963 a 10.000 en sólo treinta y cinco años, y a 36.200 en la actualidad, según una joven periodista, que no corría el peligro de engrosar la cifra antes de 2080. Era una invasión. El año en curso, quienes cumplieran los cien recibirían una copa de plata de manos del primer ministro. Y, por supuesto, hablaron de Tanabe. Cómo no, si había llegado a los ciento trece, el hombre... Que si Tanabe madrugaba para leer el periódico, que si Tanabe tomaba leche cada mañana... Se había convertido en el bebé del país, a cuya cuna se asomaba la cámara todos los días. Me imaginé a mí mismo a una edad respetable, al cabo de cincuenta años. En las minas de Brasil o el Congo, minas de coltán, casiterita y otros metales raros, esperaban los materiales con los que se haría mi robot. El que velaría por mi otoño sin fin, me hablaría, recogería mi penúltima voluntad y luego, un buen día, mi último suspiro. Sería un día bonito porque estaría programado para que lo fuera. El robot posaría la mano en mi hombro llamándome por mi nombre de pila con suavidad; después, me pasaría esa misma mano por los ojos y los labios y pondría en marcha el proceso del funeral marcando un número de emergencia. Apagué el televisor, que dejó el salón sumido en la penumbra, y me quedé escuchando los ruidos: tranvías camino de la cochera, la lejana circulación, cigarras intermitentes, los arpegios del viento en los bambúes y, luego, gotas de lluvia pesadas como el tiempo.

Mientras intento conciliar el sueño, primero de un lado y luego del otro, una idea insiste, imposible de apartar. Durante los cientos de noches que pasó a unos metros de mí, esa mujer podía haberse levantado y haberme matado de una puñalada mientras dormía. No sé nada de su pasado ni de sus impulsos, de los motivos que la llevaron a echar raíces aquí y ensuciar mis sábanas, limpiarse con mis servilletas y defecar en mi retrete, y no se lo perdono. Yo estaba a su merced, pero ¿se le ocurrió siquiera que podía eliminarme fácilmente y sin móvil y después desaparecer con total impunidad? Me viene a la memoria un relato de Edogawa Ranpo en el que un hombre vive escondido en el interior de un sofá. ¿Acaba en asesinato? No me acuerdo, pero eso es

lo de menos. Durante meses he vivido en un cuento como los de Edogawa y, ahora que ha acabado, no se lo deseo a nadie. Si no me mandó al otro barrio, seguramente fue porque buscaba un sitio tranquilo, habitado, bien atendido, para capear sin demasiada angustia una situación absurda, confiando en que al final quizá escamparía. Así que no era ni doña Muerte ni doña Miedo. Más bien, doña nadie, sin mayúscula.

Necesitaba dormir. Boca arriba y con una pierna doblada me pareció que lo conseguiría; pero una idea pirata me abordó y echó a pique mis intentos: ¿y si había otra mujer escondida en algún lugar de la casa? Semejante disparate me hizo sonreír en la oscuridad. Sin embargo... Imaginé que cada armario encerraba el fantasma de una relación pasada, como si aquella mujer oculta en mi casa fuera la reencarnación de un amor muy antiguo, pongamos de la adolescencia, que ya no recordaba. Decidí recurrir a mi provisión de somníferos. Un sueño de imitación, pesado y gris como una gruesa nube, acabó con esas ideas. Pero fue un descanso agitado por sueños absurdos, como una travesía nocturna en barco puede verse agitada por una tormenta eléctrica.

UN AÑO ESCONDIDA EN UN ARMARIO

Le extrañaba ver desaparecer alimentos de su cocina. Un cincuentón soltero de la zona sur instaló una cámara en su casa y comprobó que una desconocida deambulaba por ella en su ausencia.

El propietario descubrió a la intrusa vigilando su hogar desde su lugar de trabajo y avisó a la policía, creyendo que se trataba de una ladrona. Los agentes detuvieron a una mujer que se había instalado en un *oshiiré* poco usado, donde había extendido un futón y colocado sus pertenencias.

«No tenía donde vivir», alegó esta desempleada de cincuenta y ocho años. Según la policía, la mujer llevaba casi un año instalada de forma clandestina en la casa, que alternaba con otras dos viviendas en las que se alojaba subrepticamente de vez en cuando.

Cerré el *Nagasaki Shimbun*, que nunca compro. Los compañeros que me habían enseñado el artículo se mostraban respetuosos y amables. Tras un silencio empezaron a negar con la cabeza, como diciendo: Hay que ver, hay que ver... No me interesa, me habría gustado contestarles antes de leer por encima aquellas líneas, es algo que me ha pasado y ya está, asunto concluido. Pero, de concluido, nada; el asunto no había hecho más que empezar. Sin embargo, preferí dejarlo estar y responder a sus preguntas, interpretando mi doble papel de víctima y efímera celebridad. Y ellos bromeaban para que me animara. «¡Desagradecido! ¡Te deshaces de tu mujer con ayuda de la policía y luego le echas la culpa!». Sonreí al gracioso, pero no demasiado, para no alentarlos a seguir por ese camino.

Y volvimos a la faena. Allá abajo, en las húmedas incubadoras del sur del mar de China, había nacido un tifón, y había muchas posibilidades de que se nos echara encima. Pulsé el ratón mecánicamente y mi cocina reapareció en la pantalla. Fuera, en lo alto de los árboles, los milanos soltaban sus *kiiií, kiiií, kiiií...* Creo que nunca me acostumbraré a sus chillidos, ni a su vuelo. No hay manera de saber si esos *kiiií, kiiií, kiiií* son hostiles y presagian un ataque en picado, o sólo su forma de mantenerse despiertos.

Los compañeros siguieron burlándose de mí el resto de la jornada, pero en plan simpático, así que cedí y acepté acompañarlos a tomar algo al salir de la oficina. «Como ahora estás soltero...». «Unas cervezas te consolarán, Shimura...». Cuando nos relevó el turno de noche, los seguí. Su guarida era un local diminuto situado en la zona de las galerías comerciales de Hamanomachi. Cinco asientos en la barra, ni uno más, y lo habían tenido en cuenta, porque ésos éramos. Nunca los había acompañado a aquel sitio, aunque me habían echado el anzuelo muchas veces.

—¡Ya estamos aquí! —constató el líder del grupito alzando la copa en mi dirección con una sonrisa que le afilaba los ojos.

¿Dejaría de sonreír y mirarme así? La necesidad de contener un eructo interrumpió su beatitud.

Y bebimos. Yo bebo muy poco, solo, y de higos a brevas.

—¡Aaah! —suspiraban uno tras otro—. ¡Qué bien has hecho, Shimura! ¡Aaah! Somos nosotros los que no tenemos valor...

—¿Valor para qué?

—¡Para echar a nuestra mujer!

Y seguimos bebiendo en aquel Torys Bar más estrecho que un vagón de ganado, ajenos al reloj. Dos ventiladores ronroneaban uno frente al otro, girando lentamente ciento ochenta grados primero a la derecha y luego a la izquierda, como si desaprobaran el abuso de la cerveza o la animación de mis compañeros. Los que me habían arrastrado a aquel tugurio eran jóvenes, mucho más jóvenes que yo, que hace tiempo que dejé de serlo. Bromeaban con la que resultó ser la dueña, una mujer llena de arrugas llamada Machiko, que sonreía sin parar y llevaba el pelo sujeto de un modo curioso, con un pañuelo que le hacía orejas de conejo. Machiko no tenía culpa de nada, pero empeoraba mi situación. ¿Cómo iban a saber los demás que tengo mal beber? Cada trago me alejaba un poco más de ellos, que se reían a mandíbula batiente hasta ahogar por momentos la música de fondo. Yukio, el más extrovertido de los cuatro, empezó a contar una historia verídica que había oído en la radio: la mañana del 6 de agosto de 1945, un hombre de negocios se despierta en el hotel de Hiroshima al que llegó el día anterior. Milagrosamente, la explosión que devasta la ciudad minutos después lo deja indemne, aunque en estado de shock. Vuelve a casa, a Nagasaki, como puede. Pero el 9, a los dos días de su regreso, la onda expansiva de la segunda explosión lo lanza contra una pared de su habitación. Pues bien, hoy, a sus noventa y tres años, el buen hombre está como una rosa. Es más, los tribunales acaban de concederle una indemnización por daños y perjuicios, teniendo en cuenta que es la única persona conocida que ha sufrido dos bombardeos atómicos en cuestión de días.

Los demás rieron a carcajadas. Yo me dije que con ese dinero el pobre diablo podría comprarse un robot multitarea para que lo cuidara durante sus últimos años. O

meses.

Al acabar la historia del tipo de las dos bombas, sonreí un buen rato (el que me pareció necesario) y luego me levanté alegando mi edad, ¡ya no aguanto el alcohol como vosotros, chavales, y mañana hay que volver al tajo! Aparté el *noren* y me fui con mi tristeza a otra parte. El letrero rojo anaranjado del *Torys Bar* siguió parpadeando a mis espaldas y la última melodía que salía del local, una cantinela que sabemos de memoria todos los de mi generación, me acompañó hasta casa. No me apetecía nada acostarme enseguida. Podría haberme dado un garbeo por el río, donde hay varios locales de mejor o peor nota, pero no tenía el cuerpo para eso. No tenía el cuerpo para nada.

Desmontar la cámara fue un juego de niños. Decidir qué hacía después, no tanto. ¿Deshacerme de ella? También podía meterla en el fondo de un cajón, donde no volvería a hacer daño a nadie. Cuando la tuve en la mano, me sorprendí apretándola con fuerza, como si quisiera aplastarla. Si ahora cierta persona estaba entre rejas, era por culpa de aquel ojo. Al darme cuenta de que intentaba cargarle el muerto a un objeto, monté en cólera conmigo mismo. Cuando me recrimino una falta, suelo hablar en voz alta: ¿Qué más quieres hacer con eso? ¿Volver a poner un cebo encima de la mesa y esperar que otro ratón caiga en la trampa tan tontamente como el primero? ¿Filmar la captura? ¿Visionaria después? ¿Qué te crees, que tu cocina es una sala de casting? ¿Y a cuántas desgraciadas piensas poner a prueba hasta que aparezca la buena, la princesa de cuento de hadas? No has sabido encontrarla fuera, como todo el mundo, ¿y crees que va a materializarse aquí? ¡Vamos, desengáñate! Tú eres incapaz de conservar una pareja...

Vomitara alivia, por supuesto. En lo que se expulsa, hay palabras que dan vueltas en la cabeza y no se van. En la espesa superficie de la cerveza nadaban restos de comida. Luego, pensé que una ducha me relajaría y el cansancio podría conmigo. Me equivocaba. Me tumbé y esperé en vano. ¿El sueño? No; el olvido. Pero el olvido no de aquella pobre mujer, que no era nada mío, sino de mi vida entera, que aparecía ante mí en toda su irreparable futilidad. Hacía mucho tiempo que no crecía en ella ninguna ambición, ninguna esperanza. Me dieron ganas de maldecir a la intrusa. Por su culpa, la niebla se había disipado.

Tras dos horas de rumiar los mismos desengaños de siempre, me levanté. Esa noche cometí un crimen: volví a fumar. En el salón, de pie y con la ventana abierta para que corriera el aire. Al cabo de un rato me invadió el cansancio. Vacíé el cenicero, avergonzado de haber recaído, y salí del salón. Pero, una vez en el pasillo, con tan poca premeditación como respecto al tabaco, cambié de dirección.

Quería saber lo que se sentía. Lo que se oía desde allí. Lo que había podido oír de mí. Trepé al estante con enorme dificultad. ¿Habría sido acróbata, tiempo atrás? ¿Bailarina? Porque hacía falta agilidad... Me tumbé en el mismo sitio en que ella

había pasado tantas noches. Apenas cabía: mi coronilla y los dedos de mis pies tocaban los extremos de aquel asfixiante nicho. Pero me quedé. Era un cubículo espantosamente reducido, como una habitación de un hotel-cápsula o una cápsula espacial. ¿Cómo había podido ella... durante tantas noches...? Escuché el silencio largo rato y husmeé, sí, husmeé el rastro de su paso. Me habría gustado que el futón estuviera impregnado de ella. Que hubiera adoptado su forma.

Fuera, el pasado empezó a amarillear. El género humano se acartonó. Cuando digo pasado, me refiero a la época de la detención, en mitad del verano, y a la noche en que volví a quedarme solo en casa, solo como si me hubieran dejado. No hace más que tres meses, pero ya me parece un tiempo lejano. Creo que intenté olvidarlo, y debo decir que la llegada del otoño me ayudó. Porque este año el otoño nos ha llegado hasta el alma. Nos ha empapado. Ha impuesto silencio donde aún no lo había. Algunos días, la gente que pasa junto a los astilleros ya no oye los martillazos de costumbre. Ningún eco, ningún golpe, ninguna llamada. En el puerto, las grúas casi no cargan ni descargan. En otras zonas de la ciudad donde se estaban haciendo grandes obras, las máquinas excavadoras se han paralizado. Una misteriosa enfermedad ha atacado a esos dinosaurios de la era industrial. Lo han dicho y repetido en la televisión, se llama «crisis» y nadie sabe cómo combatirla. Los bancos ya no prestan dinero. Algunos ni siquiera tienen. ¿Qué ha pasado con el dinero? Nadie lo sabe con certeza, y es preocupante. Cunde el estupor. En los parques donde los niños jugaban al capitalismo, acaban de extraviarse las reglas del juego.

—Joder, ¿dónde las has metido? ¡Hace un momento las tenías!

—¡Qué dices! ¡Las has perdido tú!

El sistema estornuda y nosotros, apocados y abúlicos, volvemos a sentirnos muy pequeños. Del silencio circundante se desprenden rumores, como si ese silencio fuera un muro leproso que se cae a pedazos. Y esos rumores propagan términos como «reestructuración» o «replanteamiento». Se habla de reducciones de personal incluso aquí, en el servicio meteorológico, como si hubiera menos fenómenos atmosféricos o pensaran cerrar los mares, lo que tendría su lógica, ya que algunos están vacíos. En tres meses, la crisis casi ha conseguido hacerme olvidar que una mujer mordió el polvo mucho antes que nosotros y que, a falta de techo, encontró refugio forzoso en la cárcel de la ciudad. Pero se acerca el juicio. Ayer recibí la citación. Esta noche, lo que me impide pegar ojo no es la lluvia, sino algo muy distinto. Quizá el miedo a tener que sostenerle la mirada a mi clandestina. A no ser que su ausencia haya acentuado la sensación de fracaso que envenena mis días.

Nunca me han gustado los que tienen éxito.

No porque lo tengan, sino porque se convierten en juguetes de su éxito, de un yo ciego. El yo a toda costa es el final del ser humano.

La crisis deja a la gente un poco más sola. ¿Qué significa ya ese «nosotros» que surge en las conversaciones cada dos por tres? El «nosotros» se muere. En lugar de agruparse alrededor de un fuego, los yoes se aíslan, se espían. Cada cual cree que saldrá mejor librado que el vecino, y puede que eso también sea el final del ser humano.

Con juicio o sin juicio, con crisis o sin crisis, no he conseguido olvidarme de esa mujer. Sé que, en aplicación del artículo 130, se enfrenta a tres años de prisión

incondicional y quinientos mil yenes de multa. Quinientos mil. Toda una fortuna para alguien que sin duda no tiene ni diez mil. ¿Debería avergonzarme? ¿Y de qué, exactamente? No dejo de darle vueltas a esa pregunta que nadie me ha formulado. Mi madre, que en paz descansa, me consideraba un sentimental. Tiene que hacerse justicia, habría dicho hoy. Bueno, pues se va a hacer. Pero, la verdad, llevo unas cuantas noches durmiendo fatal.

Me ha despertado un ruido extraño. ¿Un golpe contra el suelo? No ha sido aquí, porque las otras dos duermen y en la celda no se ha caído nada. Ha sido en otra.

O quizá las ratas.

Leo a la luz de la lamparita de noche, son casi las cuatro. Fuera, ni una estrella, el cielo cubierto. Nuestra única estrella es la mirilla. Cuando no brilla es porque una funcionaria nos vigila desde el pasillo. En tales momentos me paralizó y dejo de pensar. Interrumpo mi vida hasta el final del eclipse. Chivata... Fue una cosa así, según la abogada, lo que provocó que me detuvieran. Colocan ojos en todas partes. Y yo, que me movía por la casa tan tranquila hasta media tarde... Si no me hubiera visto ese chisme, todo habría seguido igual mucho tiempo. Se estaba tan bien allí... A partir de la una, el sol daba en la habitación y yo me tumbaba en las esteras para hojear una revista o no hacer nada, broncearme un poco con la ventana entreabierta para que entrara el aire: lejos de ser nuevos, sus tatamis olían a encierro. Sí, aquello habría podido seguir y seguir, y no me habría quejado. Por supuesto, procuraba ser prudente. Por ejemplo, cuando usaba el cuarto de baño. Sólo iba por la mañana, para que cuando él volviera estuviera todo seco. Al terminar, volvía a dejarlo todo en su sitio, como en la cocina. Antes de mover algo, tenía que memorizar su posición exacta. Cuanto más en casa me sentía, más necesidad tenía de vigilarme, porque la tentación de bajar la guardia y la posibilidad de cometer un error eran mayores. Lo que más me preocupaba era gritar en sueños. Si él hubiera oído gritar a su armario, se habría llevado un susto de muerte. Traicionada por mí misma, habría tenido que dar explicaciones, y él me habría puesto de patitas en la calle en plena noche, o me habría inmovilizado y habría llamado a la policía. Al principio tenía tanto miedo de perder aquel refugio, donde me estaba recuperando, curando de los cardenales y los chichones de la vida, que no podía dormir. Por supuesto, me tranquilizaba pensando que no soy mujer de pesadillas. Las últimas las había tenido hacía varios años, y allí estaba lejos de los sufrimientos del pasado. Pero ¿quién sabe todo lo que puede emerger de las profundidades de uno mismo? De pronto, en mitad de la noche, una puerta oculta se abre para dar entrada a personajes odiosos, que se vengan de nosotros por haberlos desterrado de nuestros pensamientos diurnos. Creíamos habernos librado de ellos, pero estaban esperando a que dieran las doce para reaparecer en nuestro teatro nocturno, salir del caballo de Troya y sembrar el terror.

En la cocina tenía que redoblar la atención hasta extremos delirantes. Para comer, casi siempre acudía a los contenedores de la parte de atrás de un autoservicio del barrio abierto las veinticuatro horas, que me mantenía sin saberlo con los productos que desechaban apenas caducaban. Los días en que llovía a cántaros o no me encontraba bien, recurría a las provisiones de mi anfitrión, pero me conformaba con arroz o pasta. No cogía nada que pudiera echar en falta. Casi nada. A veces sucumbía a la tentación de un yogur o un poco de zumo. Pero nada más. Con el tiempo, había

acabado adaptándome a sus gustos, incluso a compartirlos.

Pero ¿realmente no notaba nada? A veces me decía: te ha descubierto pero te tolera. Vaya si me toleraba. En fin, la cuestión es que me aguantaba, del mismo modo que se aguanta a un ratón una temporada: por curiosidad o por lástima. Hasta que un buen día se abre el armario de los cepos, y ¡zas!

No obstante, en un año no hubo más que un sobresalto serio. Fue una tarde de primavera, a una hora en la que a priori no era preciso estar alerta. No lo oí llegar temprano. Qué bien se estaba en los tatamis, al sol... Hacía el justo, ni un rayo más. Estaba leyendo un libro que había cogido al azar de las estanterías del salón. Era una novela apasionante sobre el tema del doble. Me había olvidado del mundo; ya no oía los coches en órbita alrededor del centro, ni los gañidos del pequeño chiba de al lado. Y en ese momento él abrió la puerta de la calle. Las vibraciones del suelo me alertaron justo a tiempo. Me abalancé al interior del *oshiiré*, que había dejado entreabierto sólo lo justo. El salto que di no era humano, sino una reacción propia de un animal, rápida y silenciosa. Unos pasos más, y él entró en mi habitación. Temiendo que me oyera, contuve la respiración. Estaba claro que había llegado el final de mi estancia en aquel paraíso. Me equivocaba... Segundos después, dejó una caja grande sobre los tatamis. Así que no había entrado allí por mí... Volví a respirar, con cuidado. Un hilillo de aire. Él podría haber abierto la puerta del armario para meter la caja, pero no lo hizo. Se limitó a sacar de ella un ordenador y sus accesorios.

En todo el rato que estuvo allí, sólo pude observarlo de perfil. Su aspecto no me sorprendió demasiado, porque ya lo había visto en la calle, aunque fugazmente y de lejos, antes de meterme en su casa: insulso, sin ningún atractivo especial. Un hombre decente. Cientos de personas, en todas las ciudades, tienen ese rostro intercambiable. Antes de que él entrara, me había dado tiempo a deslizar la puerta del *oshiiré* sobre la corredera, así que podía observarlo sin temor por la estrecha abertura. Estábamos a apenas dos metros. Y mientras permaneció allí, no dejé de mirarlo con atención. Estaba inclinado y absorto en el desembalaje. Resultaba evidente que aquel regalo que se había hecho le encantaba. Por fin, salió de la habitación. Yo estaba preocupada. ¿Qué iba a hacer con el ordenador? ¿Pensaría colocarlo en aquella habitación, convertirla en despacho y pasarse allí las horas muertas, navegando o haciendo lo que fuera? Después de cenar, volvió y se lo llevó todo para instalarlo en otro sitio, en el salón. Solté un gran suspiro de alivio. Después de todo, saber con quién trataba tenía su importancia para mí. Había dado forma humana a los pasos, a la voz, a las toses que oía desde allí. Y esa forma me tranquilizaba. Aquel hombre no parecía capaz de saltarme al cuello, de matarme en un momento de enajenación o rabia. Y la casualidad, una casualidad al menos curiosa, había querido que tuviéramos casi la misma edad.

Al día siguiente, su forma de cerrar la puerta corredera con un golpe seco y un autoritario giro de la llave hace que me despierte sobresaltada, como de costumbre. Pero esa mañana no me vuelvo a dormir. Debo llevar a cabo una investigación. Durará semanas y quedará interrumpida el día de mi detención. Seguramente es la investigación más meticulosa realizada por una desconocida sobre un desconocido. La inicio abriendo todos los cajones ante los que he pasado durante meses sin tocarlos. Y enseguida aparecen fotos de distintas épocas, en las que lo reconozco de vez en cuando. Como en ninguna pone nada, sólo puedo hacer suposiciones sobre su relación con los hombres y mujeres que aparecen a su lado. ¿Hermanos, hermanas, parientes próximos o lejanos, antiguas amantes? ¿Cómo los ve hoy? ¿Qué sentimientos le inspiran? ¿Quiénes siguen en este mundo? En la casa, todo respira modestia, como antaño. Examino sus nóminas de meteorólogo de bajo rango. Las facturas me informan sobre su consumo de agua y electricidad. En cuanto al teléfono, es muy ahorrador y no hace llamadas al extranjero. Mi investigación se estanca. Intuyo a un hombre sin aristas, sencillo, el hombre masa. Sin embargo, continúo. ¿No era por el pueblo por quien luchaba cuando era otra?

Días después, vuelvo a coger las fotos. Les paso revista e intento establecer una cronología, adivinar qué hilos unieron y unen a todos esos personajes. Nada llama la atención en el pasado de Shimura. *Shimura Kobo*. Cuando desaparezca, seguramente no quedará nada de él, como tampoco de mí. Cuando hablo de mí, me refiero, evidentemente, a mi identidad actual. La anterior, sepultada en el olvido, no la encontrará nadie. Además, ¿a quién le interesaría? Ése es precisamente mi punto en común con él, algo de lo que no hay por qué avergonzarse ni enorgullecerse: no ser nada. Eso es lo único que nos une. A veces, las nadas se diferencian en todo y del todo. En realidad, en el registro a fondo al que sometí su casa, sólo me interesaba averiguar una cosa: cuándo se mudó allí.

Y ese hombre nada atrayente, pero tampoco repulsivo, es el que mañana aparecerá en la sala de audiencias. Podría explicarle al juez en qué armario guarda el traje y la corbata que lleve puestos, cuyo peculiar olor a limpio conservo en la memoria.

Cuando entré en la sala, él ya estaba allí, pero nuestras miradas no se encontraron. Y después tampoco. Por supuesto, él ya me había visto, por cámara interpuesta, pero yo creía que sentiría curiosidad por mi aspecto en el mundo real. ¿Era, por su parte, el grado supremo de la indiferencia o más bien la expresión de un rencor todavía en carne viva? Desde luego, yo iba a pagar cara mi estancia en su casa. Iban a cobrarme todas esas noches a precio de oro, con tarifa de temporada alta... Pero que quede claro: no me sentía culpable de nada. Sentía algo mucho más prosaico: apuro. El apuro de saber la marca de la ropa interior de mi acusador, sus gustos culinarios y televisivos, sus lecturas. Porque había registrado todo lo registrable en casa de aquel hombre y ahora seguramente sabía sobre él al menos tanto como su hermana de Nagoya, de la que había leído algunas cartas, la mayoría escritas para anunciarle que en esa ocasión no podría visitarlo para las fiestas, que lo haría en la próxima... Conocía perfectamente sus horarios y su manía del orden, que solía irritarme y al mismo tiempo me asustaba: ¿cómo saber qué cosa mal puesta sería mi perdición?

Ahora responde obedientemente. Me reencuentro con la voz que me llegaba atenuada a través de la puerta corredera de mi refugio las noches en que hablaba por teléfono o comentaba el telediario de la NHK consigo mismo, en voz alta, por lo que conozco mejor que nadie sus tímidas y bisbiseantes opiniones y su respeto, rayano en la reverencia, hacia los hijos de papá que nos gobiernan.

Shimura no me acusa. Con las palabras justas, explica cuál era la situación y subraya que yo no robé ni rompí nada en su casa. Tan sólo sisaba comida algunos días, comenta, lo que acabó despertando sus sospechas. Vaya, conque fue eso... En el fondo, todo lo que dice es en mi favor. Mi pecado, el único, fue estar donde no tenía derecho a estar. Sí, este juicio debe de incomodarlo. Nos incomoda a todos, así que vamos a agilizarlo. La voz de Shimura sólo se altera una vez. Ligeramente desviada de su serena trayectoria por la emoción, me hiere con su tono de reproche:

—Ya no me siento en mi casa.

Al oírlo, vuelvo a alzar la cabeza hacia él, sabiendo que en ese momento mira al presidente del tribunal. Y una vez más veo su perfil izquierdo, como si no tuviera derecho o lo escondiera constantemente. Salta a la vista que no se siente cómodo. Debe de estar deseando regresar a casa. Puede que ya no sienta rencor. Quién sabe. Para referirse a mí, utiliza las expresiones «la acusada» o «la mujer que se instaló en mi casa». Nunca me nombra, y tampoco me señala con el dedo. El juez también parece inseguro, como si empezara a comprender que el presente asunto versa sobre los límites comúnmente admitidos del pudor y queda fuera de las fronteras de la justicia, donde el derecho penal clásico no tiene nada que hacer.

Me caen cinco meses, al final sin multa.

—Es una pena mínima —asegura mi abogada, exultante—. Y como ya ha cumplido cuatro en preventiva, quedará libre en un mes.

A estas alturas debería sentir algo. Todo llegará, aunque sea con retraso; de momento, no consigo interesarme por estas menudencias.

Es muy temprano, un amanecer de finales de otoño. Hace un mes que sólo vivo para este día, a cuyo nacimiento asisto tras los barrotes de la ventana. Desde ayer o anteayer, detesto y temo menos a mis compañeras de celda. Evidentemente, ignoro en qué minuto de qué hora vendrán a buscarme, como vinieron a buscar a Hiromi hace un mes. Espero estas palabras: «Coge tus cosas. Te vas».

Hoy es lunes. Día tras día, confié en que me llamaran al locutorio. «¡Tienes visita!». Sin embargo, él debía de saber que pronto me diluiré en la ciudad, que tal vez la abandonaré. Ese hombre no me atrae lo más mínimo; a decir verdad, no puedo ser más contraria a su modo de vida. Pero aun así me habría gustado que viniera a pedirme explicaciones. Me habría gustado expresarle mi agradecimiento por su clemencia. ¿O su indiferencia? Shimura-san, le habría dicho. ¿Y después? ¿Cómo habría seguido? Tal vez me habría atrevido a pedirle las disculpas que no le pedí en la audiencia. A la justicia no le interesan, y además las mías seguramente habrían hecho sonreír al juez... A quien me habría gustado confesarle todos mis insignificantes secretos es a Shimura, sólo a él. Al final del juicio, durante un largo, lento segundo, nuestras miradas se encontraron sin querer, y él no intentó apartar la suya. Eran unos ojos vacíos y cansados, que se posaron en mí inequívocamente, lo sé, porque de pronto una sombra oscureció su rostro. Luego me sacaron de la sala.

Fuera, el invierno habrá empezado a dejarse sentir. En el corredor, estos días hacía fresco. En libertad no tardaré en pasar frío. Tengo miedo. Estaba tan bien, escondida en casa del meteorólogo... Seguramente, presentarme ante Shimura será un mal trago, pero es necesario. Ahora me siento con fuerzas para explicárselo todo, ahora que he pagado por mi delito. ¿Es el hecho de que me sacaran de allí sin previo aviso lo que agudiza de esta manera mis ganas de volver a esa casa?

Por lo general, se sale de la cárcel por la mañana, como fue su caso. Es la sencilla metáfora de una vida nueva. Se olvidan los «qué haré» y los «cómo», se olvida el purgatorio que se deja atrás. Las primeras horas se pasan en el paraíso. Su peculio no es gran cosa, y ella sabe perfectamente que no la llevará lejos. De todos modos, se merece una buena comida y, a fuerza de andar, de emborracharse de andar, casi es mediodía. Los escaparates de los restaurantes son tentadores, con las reproducciones de los platos de la carta. ¡Un *champon*, va! Hace tanto tiempo... Y lo que es en la cárcel... Con la panza llena, la cabeza se frena.

Su primer restaurante desde el comienzo de la Caída, cuando tuvo que dejar el pisito amueblado... Después volvió a ponerse en camino. Era el comienzo de la tarde. Él no bajaría del tranvía hasta dentro de tres o cuatro horas, pero estaba decidida a volver allí sola, enseguida, a cerrar el paréntesis abierto el día que los agentes se la habían llevado esposada y decirse ahí la tienes, ahí sigue, al menos hay algo que sigue. Así que se dirigió a la casa de la que la habían expulsado y, cuando la vio aparecer, sonrió. Volver a ver es importante, se dijo. Sin embargo, cuando aún estaba a unas decenas de metros, se quedó helada. En la puerta había un letrero: «Se vende». Súbita, pesadamente, se hundió en el tiempo hasta volver a los ocho años, cuando había tenido por primera vez la espantosa sensación de que le arrancaban un trozo de su vida. Medio siglo después, aquel recuerdo seguía doliéndole. Tenía ocho años y hacía uno que sus padres y ella se habían mudado de casa, cuando, una tarde de la estación de las lluvias, su padre se la llevó de paseo, a pesar de la hora avanzada y la humedad. Había insistido, y ella lo había seguido. Bajaron del tranvía en una parada conocida, en su antiguo barrio. Allí era donde, de muy pequeña, correteaba por las aceras con sus primeros compañeros de juego, bajo la vigilancia de la señora Kawakami. Y, al doblar la esquina, él le dijo mira bien, y los dos se quedaron callados largo rato, contemplando su antiguo edificio, despanzurrado, abierto, como una sección vertical en un manual de geología o una lámina de anatomía, con las habitaciones medio destrozadas por las máquinas demolidoras. ¡¿Qué?! Veía el cuarto donde había pasado sus primeros ocho años como nunca lo había podido ver: desde fuera, como un diminuto compartimento de una casa de muñecas. Y además sin muebles. Aparte de eso, allí estaba todo: los empapelados, las puertas... Un fregadero se asomaba al vacío. ¿Por qué habían hecho pedazos su primera infancia? ¿Quién había cometido ese sacrilegio? Es la vida, contestó su padre cogiéndola en brazos, la vida, y ella se echó a llorar. Quería enseñarte la casa antes de que acabaran de derribarla, le había dicho su padre al oído.

La mujer de hoy sabe que no hay que dejar que los recuerdos reboten en el palacio de los espejos: se volverían locos, como una golondrina a la que se deja encerrada en una habitación por descuido. Incredula, plantada en la acera, relee el fatídico letrero. Luego se acerca. Llama al timbre, pero nadie responde. Un vistazo al

interior: ya no hay muebles. En el letrero figura un número de teléfono y se lo apunta en la palma de la mano: una agencia inmobiliaria. Poco después, esa misma mano introduce una moneda en la ranura de un teléfono público. Todavía incrédula, pregunta si la casa está realmente en venta y cuánto hace. Quince días, le responden. Si le interesa, dentro de una hora hay una visita en grupo. Pillada por sorpresa, accede.

¿Qué le ha podido pasar a él?, se pregunta ante la cerveza que acaban de servirle, preocupada. Entonces recuerda. ¿No dijo algo sobre el asunto el día del juicio? Algo un poco teatral: Ya no me siento en mi casa. Entonces era cierto... ¿Tan cierto que ha preferido marcharse? Se recompone el semblante ante el espejo del lavabo. Enseguida será la hora, hay que irse.

Han pasado unos meses, y otra vez está allí, sin nada que temer. Está allí. Es increíble. Podría haberse limitado a hablar con el agente inmobiliario en la entrada y no pasar, decir que la casa en sí le daba igual. Pero cruzó el umbral con los demás. Los demás son cinco y empiezan a dar vueltas como moscas alrededor de la mierda, haciendo preguntas estúpidas. El agente espera y les responde. Ella se detiene unos instantes en la cocina y luego en el salón. Ver vacías aquellas habitaciones la conmueva y, para disimular, finge interés. Porque aquella casa vacía la retrotrae a un día lejano. No al período Shimura, unos meses atrás, sino a un punto mucho más profundo del pozo del tiempo. Le acude a la mente una idea que suena como una frase bíblica: bienaventurados los amnésicos, porque el pasado es dolor. Hay lobos que dedican la mayor parte de sus energías a arrancarnos ese bien, que era nuestra única riqueza.

No obstante, decide llegar hasta el final de la visita, recorre la pequeña galería y entra. Los demás no han prestado demasiada atención a esa habitación exigua y apartada y han vuelto al corazón de la casa. El mismo olor a tatami viejo, la misma luminosidad de media tarde... Su mano duda y luego tira de la puerta corredera del armario. El mismo ruido de fricción. Las mismas sombras en el interior. Y ella se queda inmóvil allí delante. Pasan unos minutos. Al principio no oye que la llaman. Es el agente, en el umbral de la puerta. ¿Señora? La visita ha terminado, si es tan amable... ¿Señora? Oye vagamente «visita» y «terminado», como si estuviera en el locutorio. Debe de haberse quedado hipnotizada ante el armario, porque el hombre, preocupado por su palidez, insiste: Señora, ¿se encuentra bien? Ella da un respingo y vuelve la cabeza: Perdone, ya voy. Estaba distraída. Y se atreve a preguntarlo. El propietario. ¿Se puede hablar directamente con el propietario?

—Lo siento, señora, la venta debe hacerse a través de nuestra agencia...

—No, creo que no me ha entendido, no es para comprar. No es eso. Realmente, no puedo explicárselo. Necesito ponerme en contacto con él por motivos personales.

¿A qué dirección puedo escribirle? Es lo único que quiero saber.

—En tal caso... —El agente reflexiona y luego sonrío—. En tal caso, mándenos la carta a la agencia y nosotros se la haremos llegar. No hay ningún problema.

No hay una frase ideal para empezar una carta a un desconocido. Es verdad que nosotros no somos completos desconocidos, aunque sólo nos hemos visto «realmente» una vez y en circunstancias muy especiales. Pero no perderé más tiempo en preámbulos, Shimura-san. En cualquier caso, para mí era muy importante expresarle mi gratitud por su medida durante el juicio. No sé decirlo con otra palabra que no sea ésa, medida.

Deja el bolígrafo inclinado sobre el papel al final de esa frase: como un tronco atravesado en el camino de las ideas. ¿Qué ha derribado ese tronco? ¿Una tormenta dentro de su cabeza? Paralizada ante la hoja, confía en recuperar el hilo de sus ideas (del mismo modo que, según dicen, si mantenemos la misma postura en la cama, podemos reanudar y prolongar el sueño que acabamos de tener). Le gustaría acabar la carta y entregársela al empleado de la inmobiliaria esa misma tarde (con la indicación «A la atención del Sr. Shimura Kobo, propietario, calle...»). Sería un alivio. Lleva tanto tiempo queriendo hacer eso, explicarse... Se quitaría el mal sabor de boca que le ha dejado el letrado hace un rato. El cuaderno de papel para cartas que ha comprado antes de sentarse a la mesa le parece amenazadoramente blanco. ¿Cuántas páginas tendrá que emborronar? Si pudiera encontrar un atajo para ir directamente de su mente a la de él... No le gusta mucho escribir; en realidad, apenas lo hace. Pero esta vez es necesario.

Mesura o, si lo prefiere, consideración. Sea como fuere, tuvo importancia para mí en el momento del juicio y después, cuando volví a estar sola conmigo misma.

Esta carta no es una petición, no tema. Le aseguro que se ha librado de mí para siempre; le perjudiqué sin pretenderlo y no volverá a ocurrir. Pero al ver el letrado «Se vende» en la puerta de su casa, pasé de la alegría de la libertad recién recuperada a una súbita tristeza y, egoístamente, me dije: Ahora él y yo estamos en pie de igualdad, exiliados del mismo reino. Le ruego que me disculpe por haber tenido esa idea, que sé indigna y que ahuyenté de inmediato, pero que de todos modos quería confiarle. También le ruego que me disculpe por haberle ocasionado

tantos inconvenientes, pues recuerdo lo que declaró usted durante el juicio: «Ya no puedo vivir allí».

Seguramente, se preguntará por qué me meto en lo que no me importa, siendo como soy la culpable de todo, y qué apego puedo invocar en relación con lo que nunca fue mío, puesto que le pertenecía a usted. Puede que esto le sorprenda, pero mi apego por esa casa era, pese a las apariencias, más profundo que el suyo, y si le escribo es para explicarle que la decisión de instalarme en ella no tuvo nada de repentina, contrariamente a lo que se dedujo de la investigación.

Como pudo oír durante el juicio, me quedé en paro hace dos años. A mi edad, ya no cabe esperar un nuevo empleo. La jubilación todavía es un horizonte lejano, y en el mundo del trabajo ya no pintas nada. Te ves arrojada a los márgenes de la sociedad. ¡Y pobres de los solteros sin familia! Agotada la prestación social, rescindes el contrato de alquiler. Una vergüenza creciente te impulsa a abandonar el barrio.

Tras deshacerme a toda prisa de la mayor parte de los trastos y cachivaches que compartían mi vida cotidiana, comprendí que las cosas que apreciaba de verdad cabían perfectamente en una pequeña mochila y un carro de la compra. Me vi en la calle en pleno verano, el año pasado. La estación de las lluvias había acabado hacía más de una semana. Era el período ideal para aprender a vivir al raso, y aprendí. Por la noche, me instalaba unos metros más arriba de las últimas casas, insalubres y deshabitadas en su mayoría —pero supongo que conoce las alturas de la ciudad tan bien como yo—, en medio de un paisaje de cementerios y templos anclados en el tiempo, y la verdad es que no podía quejarme. En esa época del año, todo parece fácil todavía. Pero mi intención no es relatarle los pormenores de esas semanas concretas, que cuentan, si no entre las más felices, sin duda entre las más libres que he vivido. En las horas de menos calor, salía a conseguir algo de comer. Cuando hacía demasiada humedad, me conformaba con «flotar» sobre la ciudad, a la impecable sombra de los bambúes.

¿Qué me faltaba? Por la noche, cuando me echaba a dormir, siempre me venía a la cabeza la misma idea: todo esto es una broma. Una gran farsa. Tarde o temprano me darán explicaciones. Me pedirán disculpas y sabré. Todos sabremos. Está previsto, pero ignoramos cuándo. Basta con ser paciente. Luego, escaparemos de esta absurda tragicomedia. El hilo de Ariadna nos llevará hasta la salida de emergencia.

Pero no, nada. Todas las noches me acostaba confiada. Es una broma y mañana todo habrá vuelto al orden. Es imposible que todo esté tan desprovisto de sentido, las estrellas, el viento, la gente.

Si a lo largo de todas esas semanas llegué a alguna conclusión, fue a ésta: el sentido no existe. Es decir, no existía previamente. La idea de sentido fue inventada

por la humanidad para poner un bálsamo a sus angustias, y la búsqueda de sentido la absorbe, la obceca. Pero ningún Gran Ordenador nos vigila desde lo alto del cielo. Los días en que esa evidencia me producía vértigo, a veces necesitaba extender ante mí, como una pantalla, las cosas, los recuerdos de los que no había querido desprenderme. No porque esperara de ellos una especie de salvación, no. No obstante, irradiaban una luz pálida y fría, como una base de maquillaje del universo, una luz que, por otra parte, dependía del brillo de las estrellas, porque la mayoría de los rostros que aparecían en mis fotos pertenecían a personas fallecidas; las empresas que habían fabricado los escasos objetos que aún me importaban debían de haber echado el cierre hacía mucho tiempo; y, en cuanto a la vieja llave de la que nunca me había separado, no tenía ninguna puerta que abrir desde hacía siglos.

Se acercaba el otoño. Al amanecer refrescaba. La lluvia me había sorprendido mientras dormía y expulsado de entre los bambúes en dos ocasiones. Empapada, me había refugiado en un caserón abandonado que había un poco más abajo, donde esperé a que el cielo tapara sus brechas. No podría seguir llevando aquella vida tan tranquila mucho tiempo, y eso me preocupaba, en ciertos momentos, incluso me angustiaba. Ni por un instante pensé en quedarme en uno de aquellos cuchitriles, que me revolvían el estómago. Poco después, empecé a vagar en busca de un sitio resguardado. Cualquiera que tenga tiempo para observar las calles acaba descubriendo quién vive solo y cuáles son sus costumbres. Por ejemplo, muchas personas mayores no cierran la puerta con llave cuando salen a comprar. Inspeccioné varias casitas un poco apartadas, al final de callejones interrumpidos por la vegetación. Al principio, sólo me refugiaba en ellas las noches de fuerte lluvia. Una tormenta me obligó a quedarme cuarenta y ocho horas en casa de una sorda. Por el día, cuando dejaba de llover, reanudaba mis expediciones. El azar quiso que una de esas caminatas me llevara al barrio donde había pasado los años más felices de mi vida: de los ocho a los dieciséis. ¡Oh, qué años maravillosos! Monté guardia varias mañanas seguidas. A lo lejos, veía a un hombre que hacia las ocho salía de la casa en que yo había crecido. Todo parecía indicar que se iba al trabajo. ¿Y si...? Me entraron ganas de «volver a ver». La puerta sólo podía vigilarse desde la casa de enfrente. Una mañana, a la anciana que vivía en ella le dio por salir. Bajó lentamente la calle, que por lo demás estaba desierta. ¿Y si...? Me decidí, di unos pasos y, de pronto, me vi llamando al timbre de la puerta. Dentro, nadie. Estaba claro que usted vivía solo. Pese a los años transcurridos, nadie había cambiado la cerradura. En cualquier caso, ese día usted no había echado la llave. No tuve que usar la mía. Ya estaba dando los primeros pasos en el interior de mi antiguo reino... Así es como entré en su casa un día de principios de otoño, Shimura-san.

Se dice que algunas tortugas marinas vuelven a la playa en la que nacieron para morir en ella. Se dice que los salmones abandonan el mar y remontan los ríos para

desovar allí donde se criaron. Todos los seres vivos obedecemos leyes parecidas. Tras finalizar un largo ciclo de mi vida, regresaba a uno de mis hábitats más antiguos. Aquél en que, durante un período de ocho años, había hecho mis «grandes descubrimientos». Revelaciones, promesas inauditas. La vista que ofrecía la ventana de la que fue mi habitación —y la suya, mucho después— a usted ya no le atraería demasiado, en los últimos tiempos. Seguro que estaba cansado de ella. Pero imagínese lo que era para una niña como yo abarcar con la mirada el monte Inasa y la bahía, los astilleros y todos los barcos. Asomándome un poco a la izquierda divisaba la iglesia de Oura, en la que me habían bautizado, y a la derecha, en lontananza, los lejanos barrios septentrionales. Es extraño: esos barrios católicos, arrasados por la bomba de un país cristiano... Hay tan pocos cristianos en Japón... Es como si la furia atómica desencadenada por Estados Unidos les hubiera gastado una broma macabra.

Me encantaba mi habitación, balcón al mundo, al renacimiento de un mundo donde, un lejano 9 de agosto, habían muerto varios de mis antepasados. Ocho años de mi vida transcurrieron allí. Cuánto me gustaban aquellas habitaciones, aquellas paredes... Pienso que todas las constituciones del mundo deberían reconocer el derecho inalienable de cualquier persona a regresar cuando guste a los escenarios más entrañables de su pasado. Poner a su disposición un manojito de llaves que le permitieran entrar a todos los pisos, casas y jardines donde transcurrió su infancia y pasarse las horas muertas en esos palacios de invierno de la memoria. Los nuevos propietarios no podrían negar el acceso a esos peregrinos del tiempo. Tan convencida estoy que, si un día retomara el compromiso político, creo que ése sería el único punto de mi programa, mi única promesa electoral...

Un domingo de otoño, el año que cumplí los dieciséis, mis padres viajaron en coche a la zona de Shimabara para visitar a unos primos. Nunca regresaron. Un desprendimiento de tierras provocado por una tempestad sepultó la carretera a su paso por ella, en algún lugar de la montaña. Y se acabó. Me había quedado huérfana. El resto de la familia se hizo cargo de mí. Me fui a vivir con unos tíos. Recuerdo el día que dejé la casa. No podía imaginar que mucho tiempo después regresaría a ella de un modo tan vergonzoso, como una ladrona, y me instalaría en la habitación que había sido el dormitorio de mis padres.

Más adelante, pude matricularme en la universidad, en Fukuoka. No tuve éxito en los estudios. No sentía interés por nada. El corrimiento de tierras, como iba comprendiendo poco a poco, continuaba dentro de mí. Se había arrojado sobre sus primeras presas un día de tifón; ahora había llegado mi turno. Proseguía su obra de forma más lenta, subterráneamente. Se llevaba un pedazo tras otro de la vida que me habría gustado vivir. Hiciera lo que hiciese, las cosas se me escapaban de las manos. Era como si fallara un mecanismo. Empecé a odiar el mundo tal como lo veía y a

moverme en ciertos ambientes. En 1970, con veinte años, ingresé en el muy clandestino Ejército Rojo Unificado. La renovación del tratado de seguridad entre nuestro país y Estados Unidos perpetuaba el vínculo con quienes habían dejado caer una bomba atómica sobre mi familia. ¡Odiar! Durante años me dediqué a odiar. Lo demás era secundario. Me consagré a mi sueño rojo como otros se consagran a la pintura al óleo. Pero tampoco me tomaba en serio mi afición por lo extremo. Gritábamos eslóganes triunfales, pero teníamos la pasión del fracaso. Un día detuvieron a unos cuantos de nosotros. Tuve que hacerme olvidar. Mi yo, aquel ego del que me escondía en el nosotros, acabé disolviéndolo en la droga. Me proporcionaron una nueva identidad, una documentación impecable. Me gané la vida con diversos empleos, pero nunca pude aprovechar la segunda oportunidad que me brindaba mi nuevo nombre. Y eso es todo.

FIN



ÉRIC FAYE. (Limoges, Francia, 1963). Escritor y periodista de la agencia de prensa Reuters, es autor de cuentos, ensayos, relatos fantásticos y novelas.

Ha sido laureado con el Premio Les Deux Magots, el premio Unesco-Françoise Gallimard y con el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, que recibió en 2010 por su novela corta *La intrusa*, que ha sido traducida a trece idiomas.